

LA CERAMICA IBERICA DEL “CERRO DE LA CRUZ” (ALMEDINILLA, CORDOBA). DEPARTAMENTOS 0, P, Ñ

D. VAQUERIZO GIL ()*

*F. QUESADA SANZ (**)*

J.F. MURILLO REDONDO ()*

Resumen

Acomete este artículo el estudio y clasificación preliminar de la cerámica documentada en tres departamentos del denominado Sector Central excavado en el yacimiento ibérico de Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba). Se trata de un amplio conjunto de vasos que se remontan al s. II a.C., época hasta ahora deficientemente documentada en la Alta Andalucía. También se aborda el estudio microespacial de las habitaciones y se realiza una valoración cultural y funcional del conjunto cerámico.

Summary

In this paper we attempt a preliminary study and classification of the pottery documented in three rooms excavated in the Central Sector of the Iberian settlement of “El Cerro de la Cruz” (Almedinilla, Córdoba). The great assemblage of complete shapes identified in these rooms belongs to the second century B.C., a period so far poorly documented in Alta Andalucía. A microspatial analysis of the departments, and a cultural and functional evaluation of the assemblage are also attempted.

I. El Cerro de la Cruz

1.1. Historia de las investigaciones

La Excavación arqueológica sistemática del “Cerro de la Cruz” (Almedinilla,

(*) Universidad de Córdoba.

(**) Universidad Autónoma de Madrid.

Córdoba) se integra como parte esencial del Proyecto de Investigación "Protohistoria y Romanización de la Subbética Cordobesa", cuyo alcance y planteamientos teórico-metodológicos se han detallado ya en otras publicaciones (fundamentalmente en QUESADA y VAQUERIZO, 1990; VAQUERIZO, QUESADA y MURILLO, 1991; VAQUERIZO, MURILLO y QUESADA, 1991; VAQUERIZO, 1990). Por ello, nos limitaremos aquí a ofrecer un muy sucinto resumen de los datos principales referidos al yacimiento.

Las primeras excavaciones en la zona del "Cerro de la Cruz" tuvieron lugar en 1867, año en que D. Luis Maraver y Alfaro, entonces Conservador del Museo Arqueológico de Córdoba, descubrió y excavó una necrópolis de incineración con 253 sepulturas, situada a unos 500 m. al Sur del Cerro de la Cruz, en el lugar conocido como "Los Collados".

Años más tarde, en 1903, P. Paris y A. Engel intervinieron de nuevo en la necrópolis, que pronto abandonaron por considerarla agotada, y pasaron a excavar en el cercano poblado del Cerro de la Cruz, descubriendo una serie de espectaculares estructuras de adobe que interpretaron como posibles almacenes. Al parecer, el poblado fue objeto de nuevas intervenciones durante la II República, a cargo de D. J.M. de Navascués, comisionado por el presidente de la República, D. Niceto Alcalá Zamora; y por fin a principios de la década de los ochenta sufrió toda una serie de excavaciones clandestinas a cargo de un grupo organizado que llegó a emplear maquinaria pesada (excavadora), hasta destruir amplias zonas del poblado.

Estas últimas acciones motivaron en 1985 la realización de una primera campaña de excavación arqueológica sistemática, cuyos resultados, en conjunción con otras actuaciones, cristalizaron en 1987 en la definición de nuestro Proyecto de Investigación, y han sido recogidos en una primera monografía (VAQUERIZO, 1990).

Desde entonces, y además de la primera campaña en 1985, se han llevado a cabo las siguientes actuaciones en el Cerro de la Cruz, que constituyen la primera fase de las investigaciones previstas: Campaña de excavación sistemática (1987), Campaña de excavación sistemática (1989), Estudio de materiales (1990 y 1991).

A lo largo de estos años se ha excavado un total de unos 600 metros cuadrados, divididos en dos áreas extensas (sectores Central y Norte) y cuatro sondeos menores (sectores Este, Sur y Oeste).

Finalmente, el yacimiento ha sido vallado de manera parcial, si bien esta medida no ha terminado con las excavaciones clandestinas ni con su expolio ininterrumpido, hecho que está poniendo en peligro su integridad científica.

1.2. Ubicación del yacimiento

El "Cerro de la Cruz" es un espolón calizo de forma aproximadamente triangular, cuyas vertientes Norte y Oeste presentan una pendiente muy abrupta sobre el río Almedinilla y su vega que dificulta mucho el acceso y en algunos puntos lo hace

imposible. En cambio, las vertientes meridional y oriental son accesibles y dan lugar a collados poco profundos, que constituyen la vía natural de acceso al poblado.

La visibilidad desde la cima del cerro es amplia en todas direcciones, pero en especial hacia el Norte, (dirección en la que se divisa el gran yacimiento del Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar, también objeto de excavación en el marco de nuestro Proyecto), hacia el Oeste (se domina toda la depresión prieguense y se observa sin dificultad en días claros el Cerro del Castillo de Carcabuey), y hacia el Sur (controlando el valle del Almedinilla y el paso hacia la actual Provincia de Granada, además de la cercana necrópolis de Los Collados).

La topografía actual del Cerro sugiere una ocupación no sólo de la superficie bastante reducida de la cima, sino también de las laderas, presumiblemente en una estructura aterrazada, hecho confirmado por las excavaciones hasta el momento efectuadas.

1.3. Conservación de los materiales

La gran oportunidad que proporciona la excavación del Cruz para los análisis de tipo microespacial radica en la destrucción violenta de sus edificaciones, que ya ha sido descrita en otros trabajos (VAQUERIZO, 1990; QUESADA y VAQUERIZO, 1990:31; VAQUERIZO, QUESADA y MURILLO, 1991: 178-186). A causa de dichas destrucciones, bajo los derrumbes de techos, paredes, y las cenizas del incendio, quedaron sepultados todos los materiales propios de la actividad de un poblado en un momento concreto de su existencia, muy probablemente durante el último tercio del s. II a.C.

En otro lugar (VAQUERIZO, QUESADA y MURILLO, 1991) hemos indicado cómo en puntos separados entre sí hasta por una distancia de 100 metros, la lectura de la estratigrafía nos informa siempre de un potente derrumbe de muros de adobe y tapial sobre el suelo de las diferentes estancias, donde entre abundantes cenizas aparecen, aplastados y rotos pero completos, los materiales cerámicos y de otros tipos propios del desarrollo de una actividad cotidiana. Cuando se ha dado el caso de que además se ha conservado buena parte del alzado de adobe de los muros -cosa que ocurre con frecuencia-, los objetos han aparecido incluso físicamente protegidos por las propias paredes.

El hecho de que no se diera una reocupación de esta parte del poblado hasta época medieval ha facilitado aún más la conservación de estructuras y materiales, de manera que un estudio detallado de los conjuntos recuperados en cada habitación ofrece garantías de trabajar sobre la casi totalidad de los utensilios que en un momento dado servían a las labores cotidianas de un poblado ibérico.

Desde un punto de vista ceramológico, la situación expuesta implica que, aunque muy fragmentados, los vasos cerámicos del Cerro de la Cruz son en buena parte reconstruibles, y que, por tanto, es posible obtener formas completas y un grado de certeza en la definición de los tipos similar al que suelen ofrecer las necrópolis, donde los recipientes

suelen aparecer completos. El principal inconveniente se cifra, como es lógico, en que se recuperan mezclados muchos miles de fragmentos, y esto hace especialmente laborioso el trabajo de restauración y dibujo de materiales.

1.4. Objetivos de la campaña de 1991

Durante la Campaña de estudio de materiales de 1990 (VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991) analizamos algunos aspectos globales del yacimiento, para centrarnos a continuación en la revisión de un conjunto de estancias asociadas entre sí mediante puertas, y en especial del espacio designado con la letra "O" (Fig. 1). El enfoque estuvo entonces dirigido a la elaboración de las planimetrías y a la determinación de la cronología y funcionalidad de las estancias, sobre la base de un estudio preliminar y todavía parcial de los materiales. Dicho trabajo permitió plantear una serie de hipótesis (cronología del s. II avanzado, función especializada como áreas de trabajo y almacenamiento...) (VAQUERIZO, QUESADA y MURILLO, 1991: 178-191), que por el momento constituyen el punto de apoyo básico de nuestro trabajo, pero que, día a día, van siendo matizadas o revisadas.

Sobre estos precedentes, la campaña de 1991 se ha dedicado al estudio detallado de los materiales -sobre todo cerámicos, pero también de otras categorías- hallados en tres estancias (las denominas O,P,Ñ, Fig. 1) que forman un conjunto unitario y son representativas -en su arquitectura, estructura y materiales- del denominado "Sector Central", aunque no tengamos todavía certeza de que dichos espacios conformen un núcleo independiente de trabajo.

El objetivo de dicho estudio ha sido doble. En primer lugar, hemos creado las bases para la realización de la primera Tipología de cerámicas ibéricas andaluzas de Baja Época en hábitat doméstico, aspecto por sí mismo importante, dado que nuestro conocimiento sobre los materiales cerámicos atribuibles a este periodo es muy escaso. Por poner un ejemplo, los principales trabajos realizados sobre tipología cerámica ibérica en Andalucía no van más allá del s. III a.C. (PEREIRA, 1979, 1988a, 1988b, 1989; ESCACENA, 1986; GARCIA VARGAS, MORA, FERRER, 1989). Casi todos los estudios realizados hasta ahora se centran exclusivamente en las producciones pintadas. Más aún, la inmensa mayoría de las formas completas conocidas proceden de la excavación de necrópolis, con lo que ello supone de selección de los tipos por consideraciones rituales. Todo ello se traduce en una deficiente representación de las cerámicas de almacenamiento y de la vajilla doméstica de uso diario. El Cerro de la Cruz, por el contrario, ha proporcionado ya (y éste es uno de los principales resultados de las campañas de estudio de materiales que hemos acometido hasta el momento) una amplia tipología de formas cerámicas ibéricas fechables en el s. II a.C., que probablemente constituyen la mayor y más completa muestra en Andalucía. Estos materiales proceden además de un contexto de poblado y por consiguiente cubren un importante hueco también en este sentido.

La mayoría de las estructuras hasta ahora excavadas parecen corresponder a espacios de almacenamiento y transformación artesanal/industrial (VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991: 184-186). Sin embargo, hasta que concluyan los análisis de tipo microespacial y podamos contrastarlos con los de otras zonas del poblado a excavar en el futuro, no podremos precisar definitivamente su carácter. Por ahora, con todo, trabajamos sobre la hipótesis de que futuras intervenciones en otras áreas permitirán descubrir espacios más lujosos y materiales cualitativamente diferentes. Por tanto, las campañas y estudios de materiales hasta ahora realizados sólo cubren una primera fase de la investigación.

El segundo de nuestros objetivos pretende profundizar, a partir de un análisis estadístico preciso y completo de los materiales, en los planteamientos avanzados durante la Campaña de 1991, referentes a la funcionalidad de los espacios, a las relaciones que éstos pudieron mantener entre sí, y a la determinación de la cantidad y variedad de material que cabe esperar en una habitación cuando ésta conserva todo el ajuar doméstico y no unos meros residuos resultado de su abandono gradual.

En este artículo nos centraremos, como avance de la Memoria de Excavación, en el estudio de las cerámicas de los Departamentos O,P y Ñ.

II. La cerámica de los departamentos: clasificación preliminar

Aunque, como veremos más adelante, se observa una cierta distribución diferencial de formas cerámicas y materiales diversos en las distintas estancias, el conjunto cerámico forma un todo homogéneo y coherente que permite establecer una tipología bastante completa, desde pequeños vasitos para beber hasta grandes contenedores, pasando por formas bastante especializadas como embudos o toneles de cerámica.

La cantidad y variedad de los materiales hallados en los diferentes Departamentos que estudiamos corre pareja con la homogeneidad de los mismos: el conjunto de piezas es tal que no sólo permite sino que aconseja su estudio conjunto, coherente con la unidad arquitectónica y microespacial. No obstante, en una primera fase analizaremos sólo la cerámica y desde un punto de vista fundamentalmente taxonómico.

Esta primera clasificación no pretende ser una Tipología completa y definitiva, sino un medio de dar a conocer un conjunto cerrado, muy amplio y variado, de materiales que todavía necesita -y serán objeto- de un análisis en mayor profundidad.

II.1. Formas abiertas pequeñas

Los platos y cuencos de diversa morfología son sin duda el tipo de vaso más frecuente en las habitaciones estudiadas, con 228 distintos, la mayoría conservados completos. Ello supone cerca del 50% del total de recipientes documentados (FIG. 2A), si bien en sí mismos ocuparían un volumen físico muy reducido en comparación con las formas cerradas

de mayor tamaño. A grandes rasgos, puede realizarse en el Cerro de la Cruz una distinción entre platos de borde vuelto, platos profundos, cuencos -de pie alto y pie bajo- y pequeños cuencos de borde entrante y pie alto habitualmente considerados como lucernas.

II.1.A. Platos de borde vuelto (FIG. 3)

El tipo más frecuente de este grupo es un plato de borde vuelto (FIG. 3, LAM. IA), poco común en Andalucía donde esta variante parece ser bastante infrecuente, sobre todo entre la cerámica pintada, en la que PEREIRA (1988:70) no lo documenta. Está también ausente en la clasificación del Cerro Macareno (PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:200) y en la más general de ESCACENA (1986-220 ss.), cuya forma II tampoco recoge piezas de este tipo. De hecho, parece exclusivo de la cerámica no pintada de baja época. Este rasgo (el borde buuelto) sería por tanto típico de periodos tardíos -s. II en adelante-, no sólo en Andalucía sino también en el Sureste, donde aparece en las necrópolis a partir de fines del s. III, sustituyendo los labios horizontales característicos de periodos anteriores, como ocurre en El Cigarralejo (CUADRADO y QUESADA, 1989:102, tipo P1d).

En cambio, esta forma sí se documenta en la necrópolis de Los Collados de Almedinilla, donde forma parte del Grupo 3, Tipo VI, variante E de VAQUERIZO (1990:200), aunque se conserva en escaso número (dos ejemplares, VAQUERIZO, 1988-89:129).

No se trata en las piezas de Almedinilla -tanto del poblado como de la necrópolis- de un borde regruesado y pendiente (como la forma IIB de ESCACENA, 1986:236 ss. o Ib/If de GARCIA, MORA, FERRER, 1989:221), sino de un borde delgado claramente vuelto de forma similar a la de la F36 L de Campaniense A, que quizá influyera en su desarrollo, al igual que las viejas formas de platos de "barniz rojo".

Tampoco se aprecia por lo general -y salvo excepciones: FIG. 3F- una carena al exterior que marque una inflexión en la línea del galbo, como en el tipo IIE de ESCACENA (1989:258 ss.), sino que hallamos una curva normalmente suave. Las bases son anulares, con anillo bien marcado pero no muy desarrollado y molduras generalmente simples, aunque en ocasiones la uña del dedo del alfarero ha creado una surte de inflexión que produce un efecto de "escocia-toro" de intencionalidad discutible. El interior de la base aparece casi siempre sin alisar, con un efecto de "craquelado" muy característico de este yacimiento.

La gran mayoría de los platos (65 contra 19, FIG. 4, Variantes IA y IB) muestra una ligera línea incisa o incluso un pequeño escalón (FIG. 3C, 3K) en el interior del galbo, que marca por el interior el borde vuelto. Esta incisión está ausente en muy escasas piezas (FIG. 3A, 3G).

En un solo caso el exterior del galbo se decora con tres líneas paralelas muy suavemente incisas (FIG. 3B). Por lo demás, estos platitos carecen de decoración pictórica, salvo una ocasional línea roja en el borde. Es en cambio común un somero espatulado de

la superficie, que a menudo se realizó con la pieza colocada boca abajo en el torno. Esta acción provocó una suerte de líneas horizontales con superficie pulida y brillante, que alternan con la superficie mate del recipiente. Dichas líneas son sin embargo demasiado tenues -salvo en condiciones muy concretas de iluminación- como para lograr un efecto decorativo. Abundan además las marcas que denuncian el apilamiento de los vasos en el momento de la cocción.

Esta es siempre oxidante, con pastas de color crema con fractura bastante recta e interior algo arenoso, y desgrasantes medianos y pequeños, entre los que se distingue una baja proporción de mica. El sonido de los fragmentos al chocar entre sí es metálico apagado. El conjunto, con independencia del tamaño de las piezas, es extraordinariamente homogéneo en factura y pasta.

Es sin embargo el tamaño de los platos lo que permite diferenciar dos tipos distintos bien definidos. Por un lado (FIG. 3A-F), tenemos platitos con un diámetro de borde que oscila entre 11 y 15,5 cm. (un 81% de ellos ofrecen un diámetro de 12 a 14,5 cm.). Por otro lado, (FIG. 3G-L), piezas marcadamente mayores, de entre 17 y 22 cm. de diámetro (un 75% presentan de 18 a 20 cm.). Entre ambos grupos se aprecia un claro hiato, con lo que la distribución de los diámetros de borde resulta bimodal (FIG. 2B). A cada grupo pueden adscribirse más o menos un 50% de los platos de borde vuelto.

Con estos datos es posible asegurar que los alfareros ibéricos producían sus piezas en dos tamaños bien precisados por el diámetro de su borde: entre 12-14 cm. y entre 17-22 cm. Las demás medidas se ajustan para mantener una proporción ancho/alto muy constante en todos los platos (FIG. 3). Su estricta contemporaneidad demuestra además que hay en conjunto una cierta cantidad de variantes en los bordes que sin embargo no tienen significación cronológica o tipológica real, hecho que por otro lado ya han mostrado claramente diversos estudios etnoarqueológicos (QUESADA y LOPEZ GRANDE, 1988).

II. 1.B. Platos profundos (FIG. 5)

En segundo lugar tenemos, entre las formas abiertas de pequeño tamaño, un conjunto de platos de galbo bastante tenso, pie anular bajo y borde que adopta una dirección vertical (FIG. 5A-E), o incluso una pequeña inflexión (FIG. 5B) o regruesamiento hacia el interior (FIG. 5A). Se trata de piezas normalmente no decoradas, aunque en ocasiones pueden aparecer pintadas al interior (con una serie de delgadas líneas rojas que cubren todo el galbo, FIG. 5C), o al exterior (FIG. 5F). El galbo puede aparecer completamente cubierto por un pigmento rojo que ya no puede ser calificado de "barniz rojo" (FIG. 5D). En todo caso, el inicio de escalón que aparece en la parte baja del galbo del único ejemplar documentado con esta característica parece apuntar a una derivación de esos modelos.

Los diámetros del borde en la mayoría de estas piezas -entre 17 y 24 cm.- las colocan en el grupo de platos "grandes". Sus proporciones -son más profundos- las aproximan en cambio a la categoría de "cuencos".

Las piezas de menor tamaño (FIG. 5F-G) son casi cuenquecitos (diámetros menores de 16 cm.) y mucho menos frecuentes (7 piezas frente a 28 mayores, FIG. 4). Los bordes son sencillos (FIG. 5F,G), pero por lo demás las proporciones y morfología resultan idénticos, si bien las piezas pintadas son en proporción más abundantes (bandas y líneas horizontales al exterior).

Con respecto a la morfología de este grupo, se observa una notable homogeneidad formal en relación con la multiplicidad de variantes de la forma I de ESCACENA (1986:131 ss.), en la que deberían integrarse. Es una forma tan genérica que realmente resulta inapropiado buscar paralelos. Con todo, debemos resaltar el predominio de ejemplares no decorados -y que por tanto no entran en las mejores clasificaciones existentes, las de J. Pereira y J.L. Escacena- y de tamaños reducidos. En la propia necrópolis de Los Collados se dan algunos platos de esta forma, aunque son mucho más frecuentes las bases planas que las de anillo (VAQUERIZO, 1990:199-200).

II.1.C. Cuencos de pie bajo (FIG. 5,H-L)

Podrían considerarse ya como "cuencos" las formas profundas de galbo casi hemiesférico recogidas en las FIGS. 5H-I; así como las de la FIG. 5J-L, por la mayor profundidad proporcional del recipiente y por la tendencia a la verticalidad de la parte superior del galbo. Una producción característica dentro de este grupo, posiblemente obra de un mismo alfarero, es la de cuencos hemiesféricos con base anular sencilla, de cocción oxidante con pasta ocre amarillenta, decorados al exterior -y en alguna ocasión al interior- con una sola línea espiral de color rojo, dibujada con un pincel mientras la pieza giraba en un torno (FIG. 5H-I). A esta misma producción pertenece un cuenco hallado en 1985 en el Aljibe del Sector Oeste, decorado al interior con el mismo sistema de línea espiral (VAQUERIZO, 1990:Lám. XA, p. 254). Más adelante veremos cómo a este taller podrían adscribirse otras formas, caso de las grandes tapaderas, que presentan una gran similitud de pasta, cocción y decoración.

Si en los platos ya se advertía un inhabitual predominio de las bases de anillo, este fenómeno es aún más marcado en los cuencos de Almedinilla, siempre de anillo frente a las más habituales bases planas del resto de Andalucía (por ejemplo, Pajar de Artillo, LUZON, 1973: Lám. VI; o Alhonz, LOPEZ PALOMO, 1981: 77 ss.). El mismo ESCACENA (1986:132) atribuye a Baja Epoca, y a influencia de la cerámica griega y campaniense, el crecimiento de los pies desarrollados con molduras.

Mucho menos frecuentes que los de tipo hemiesférico son los pequeños cuencos o pateras de labio vertical (FIG. 5J) o incluso entrante (FIG. 5K), también con la característica baja y simple de este yacimiento, que no es tan habitual en otros del entorno, aunque se dé ocasionalmente (por ejemplo en Osuna, pero con base plana en lugar de anillo, ESCACENA, 1986:286 n. 145), y que aparece también en otras regiones (fines del siglo III a.C. en el Amarejo, BRONCANO y BLANQUEZ, 1985:197).

II.1.D. Cuencos de pie alto (Fig. 6; LAM. IIB)

Más uniforme que el anterior es el conjunto de cuencos representado por la selección de la FIG. 6A-D, caracterizados por un pie anular muy alto y proporcionalmente estrecho que llega a suponer hasta un tercio de la altura total del vaso, dotándole de una apariencia peculiar y "desproporcionada" en la relación base/cuenca. Dicho pie es normalmente liso, con una moldura en la base realizada doblando la arcilla y pasando la uña por la parte superior (FIG. 6A-B); el resultado es a menudo basto y mal acabado (FIG. 6D), similar al de platos y lucernas.

Se trata de un conjunto numeroso (unas 20 piezas) de características técnicas parecidas a las de grupos anteriores. No presentan nunca decoración pintada. Son frecuentes las líneas espatuladas que forman espiral y ocasionales las líneas incisas posiblemente realizadas con la uña. Los diámetros del borde, muy homogéneos, oscilan en torno a los 15 cm. (recorrido de 13 a 17).

No conocemos paralelos andaluces cercanos para estas piezas que, junto con las "lucernas" que estudiaremos a continuación, parecen una producción comarcal o local.

II.1.E. "Lucernas" de borde entrante (FIG. 6E-L)

En la FIG. 6 (ver también LAM. VA) recogemos una muestra del conjunto relativamente abundante (15 ejemplares completos) y bastante homogéneo de pequeñas copitas con pie proporcionalmente muy alto y labio entrante que, sin duda, deben identificarse como lucernas (LUZON, 1973:37 ss.; ESCACENA, 1986:335 ss. etc.), toda vez que buen número de ellas tienen quemado el borde interior, incluso con huellas de una sustancia líquida u oleaginosa embebida en la pasta.

Los diámetros máximos de estas piezas no alcanzan los 10 cm. y por lo general oscilan entre 7 y 9 cm. Alguna, incluso, es tan pequeña (diámetro menor de 5 cm.) que nos lleva a hacer dudar de su carácter práctico (FIG. 6L). Las cocciones son como de costumbre oxidantes, aunque haya piezas ennegrecidas y "reducidas" por su posterior exposición al intenso incendio que destruyó el poblado. En algún caso, sin embargo, la pasta es gris de origen, quizá debido a la colocación de la pieza en el horno.

Este tipo de lucerna con pie muy alto aparece en un área relativamente reducida de Córdoba y Granada. Conocemos ejemplares muy similares, también de Baja Época, en el santuario de Torreparedones (MORENA, 1989:121) y en Granada ciudad (ESCACENA, 1986:339 y 349, idénticas a las de Almedinilla). En otras zonas, manteniéndose la forma de pequeño cuenco con borde entrante, predominan los pies bajos o planos (Alhonor, LOPEZ PALOMO, 1981:74-75; Pajar de Artillo, Luzón, 1973:58-59), en un panorama idéntico al ya observado para platos y cuencos.

La versión más diminuta (FIG. 6L) tampoco es desconocida fuera del Cerro de la

Cruz, apareciendo en la inmediata necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1990:200, tipo 3VA), pero también en Torreparedones (MORENA, 1989:132).

II.2. Formas abiertas grandes (Fig. 9A-E)

Frente a la abundancia de formas abiertas de pequeño tamaño, son escasas las formas abiertas grandes, de tipo fuente. Muchas de ellas, además, son casi desconocidas en la bibliografía científica, lo que debe atribuirse a la combinación de tres factores: son piezas de poblado, no decoradas, y de Baja Epoca.

II.2.A. Fuente de base plana, galbo ondulado y doble asa

En primer lugar, debe citarse la pieza de la FIG. 9A, un recipiente de 35.9 cm. de diámetro y 9.4 de altura, de paredes gruesas y pasta compacta, cubierto por un espeso pero mal aplicado engobe blanquecino-cremoso. Presenta dos asas horizontales dobles y borde horizontal al exterior. No conocemos paralelos para este tipo salvo una forma de perfil vagamente similar hallada en Alhonz, aunque pintada, de menor tamaño y base rehundida (LOPEZ PALOMO, 1981:70, Fig. 21), que por tanto constituye un paralelo lejano.

II.2.B. Gran recipiente de borde vuelto

Son muy escasos los ejemplares (FIG. 9B,C) de grandes platos con paredes gruesas y borde ancho, marcado con escalón interior y ligeramente vuelto al exterior. Su diámetro es superior a los 30 cm., aparecen sin decorar, y se fabricaron con una pasta basta, compacta y pesada, dotada de abundantes desgrasantes medianos y grandes (mayores de 1 mm.), y adecuada por tanto para morteros o piezas de función similar. No se han hallado los vasos completos, sino sólo fragmentos de borde que no llegan a abarcar una cuarta parte del perímetro, de modo que no es posible saber si en algún punto tenían un pliegue para verter. Es posible que estas piezas puedan adscribirse a la categoría agrupada por Luzón en su Forma 10 (LUZON, 1973:71).

II.2.C. Fuentes de base plana y pared recta

Por último, hemos documentado la existencia de dos ejemplares (FIG. 9D,E) de un tipo de fuente de base plana, paredes rectas casi verticales y pasta roja intensa con aspecto "crujiente", que en principio aparentan un aire inequívocamente romano de cerámica "africana" si bien carecen de pigmento interior y no acaban de coincidir tipológicamente (agradecemos algunas observaciones sobre estos aspectos a R. Hidalgo).

La pasta es por completo diferente de la habitual en el yacimiento, y sin duda se trata de una importación, algo sorprendente si se tiene en cuenta que parecen piezas de cocina.

Una opción aceptable sería profundizar en el estudio de producciones norteafricanas del s. II a.C. o anteriores; sin embargo, hemos podido documentar al menos dos piezas muy similares, inéditas, halladas en las Seps. 316 y 498 del Cabecico del Tesoro (Murcia), ambas con tapadera (SANCHEZ Y QUESADA, e.p.). La primera de estas tumbas ha de datarse, por el material asociado, en la segunda mitad del s. II a.C., fecha coincidente con la del Cerro de la Cruz. Dicha tumba desde luego carece de otro material romano, como todo el conjunto de la necrópolis murciana. Otra pieza idéntica pero sin tapadera apareció en la Sep. 166 del Cabecico del Tesoro (CUADRADO, 1987:326, Fig. 134.5), donde se clasificó como romana por su parecido con la forma 14 de M. Vegas, fechándose entre el 200 y el 50 a.C. Por último, piezas en apariencia idénticas a las del Cerro de la Cruz se han documentado recientemente en contextos púnicos de Cartagena, lo que nos reafirma en nuestra impresión sobre el aire punicizante tardío de esta forma (MARTIN CAMINO y ROLDAN, 1991:22).

II.3. Formas cerradas pequeñas

II.3.A. Copas de perfil ondulado (FIG. 7A-C, LAM. IB)

Un conjunto también muy homogéneo de materiales es el constituido por las once copas de base anular y cuello ligeramente estrangulado (FIG. 7A-C). Se trata de piezas de pequeño tamaño (diámetro de borde entre 12 y 14 cm.), que quizá se emplearon para beber, no obstante una de ellas se encontró al pie del molino del Dpto. O, llena de grano, lo que a nuestro juicio constituye un dato más para postular la esencial multifuncionalidad de muchos tipos de la vajilla cerámica ibérica.

A menudo, estas piezas aparecen engobadas y decoradas con varias líneas horizontales de pintura roja en la parte alta del galbo y una línea aislada en el borde. En la mayoría de los casos las "líneas" son en realidad una sola espiral (FIG. 7B), como en los cuencos ya citados (FIG. 5H-I). De la misma forma, abundan las líneas espatuladas que en algún caso casi bruñen parte del exterior del vaso.

Aunque la técnica decorativa y la forma exacta son específicas del yacimiento, el perfil y el tamaño general son bien conocidos en el ámbito ibérico andaluz. Parece que en periodos más antiguos los cuellos tienden a ser altos y acampanados (como los recogidos por PEREIRA, 1988b:169, núm. 2), evolucionando con el tiempo hacia formas de cuencos con ligero estrangulamiento sin apenas cuello, y labio exvasado.

No aparecen formas de este tipo en la necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1988-89), pero conocemos algunas piezas parecidas en el ámbito cordobés, como en Santaella (LOPEZ PALOMO, 1981:70), y en el Pajar de Artillo, si bien de nuevo con el cuello mucho más desarrollado (LUZON, 1935:68). Una de las más parecidas, aunque fragmentada, procede de Osuna (CORZO, 1977: Fig. 24; Fig. 12.5).

II.3.B. Cubiletes (FIG. 7F-G; LAM. IIIB)

En la zona estudiada son muy poco frecuentes (dos piezas) los vasitos en forma de cubilete (FIG. 7F-G) con borde abierto al exterior, muy parecidos a las producciones de "paredes finas" romanas pero de manufactura claramente ibérica, tanto por la pasta como por la forma del borde e incluso la presencia de decoración pintada (FIG. 7F) y espatulado horizontal (FIG. 7G). Su altura es respectivamente de 8 y 6,8 cm., lo que descarta cualquier otra utilidad que la de copa de beber, complementaria de los caliciformes. Este tipo de cubiletes parecen mucho más frecuentes en tumbas del s. II del Sureste (Cabecico del Tesoro, Cigarralejo...) que en Andalucía, donde ni Pereira ni Escacena recogen ningún ejemplar pintado. En la necrópolis de los Collados se documenta una pieza de perfil vagamente similar (VAQUERIZO, 1990:196, Tipo IV), que, no obstante, podría proceder del poblado (VAQUERIZO, 1988-89: 112).

II.3.C. Caliciformes. (FIG. 7H-Km LAM. IIA)

Bastante más abundantes que los cubiletes son los vasitos caliciformes (FIG. 7H-K), que interpretamos sin duda como vasos para beber. Alguno de ellos apareció en el fondo de un ánfora, donde debió caerse sin que la altura de la misma, superior a la longitud de un brazo, permitiera recuperarlo. Es posible que, como opina PEREIRA (1988a:988), las piezas pintadas que aparecen en algunas necrópolis fueran vasos de ofrendas, pero queda claro que hay una versión "doméstica" de los mismos.

En los Dptos. O,P,Ñ del Cerro de la Cruz se han hallado en total diecinueve ejemplares, casi todo completos. Ninguno de ellos sobrepasa los diez centímetros de altura, y su perfil está sujeto a variaciones notables, aunque todos montan un cuello acampanado sobre un galbo globular y base pequeña.

Presentan estos recipientes dos tipos diferentes de pasta: la habitual de los platos y cuencos, de tono ocre, con desgrasantes finos y medianos entre los que aparece cuarzo y mica; y una pasta arenosa, de tono pardo grisáceo oscuro. En consecuencia, encontramos piezas con superficie clara y otras de tono gris claro. Aunque algunos llevan un engobe claro, buena parte de ellos presentan una superficie gris fuertemente espatulada hasta obtener un tacto satinado y un cierto reflejo brillante de la superficie. Nunca aparecen pintados.

La forma es habitual en contextos de Baja Epoca, documentándose incluso en relieves escultóricos de temática ritual, como el de Torreparedones (SERRANO y MORENA, 1988), el bien conocido de Osuna, u otros del Cerro de los Santos en Albacete.

En cuanto a las formas similares halladas en yacimientos andaluces, la nómina de piezas publicadas es amplia pese a que se trate de una forma que habitualmente no se decora con pintura. El vaso puede incluirse dentro de la "Forma VII" de ESCACENA (1986:362 ss.), si bien el tipo de Almedinilla es bastante más anguloso que los ejemplares

de suave perfil recogidos por dicho autor en su tipo VIIB, procedentes en buena parte de Alhonor (LOPEZ PALOMO, 1981:60). Su dispersión abarca todo el ámbito turdetano, siendo muy característico en el Pajar de Artillo (LUZON, 1973:60), aunque de nuevo debemos recordar que la escasez de materiales tardíos en la Alta Andalucía limita nuestra capacidad de comparación (PEREIRA, 1989:156). En el entorno de Almedinilla conocemos piezas del tipo en Torreparedones (MORENA, 1989:121) y Fuente Tójar (LEIVA, 1990:23), además de los conservados procedentes de la propia necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1990:196, Tipo VII). Caso particular representa el vaso de Galera recogido por Pereira, pintado con motivos fitomorfos de hiedras similares a los damasquinados en numerosas falcatas de la Alta Andalucía. (PEREIRA, 1988a:147.2); fue hallado en el Sector III de la necrópolis, junto con *kalathoi* de sombrero de copa sin cuello estrangulado muy tardíos. Aunque normalmente se considere que dicha necrópolis perduró hasta el s. III a.C., a nuestro juicio estas piezas demuestran una supervivencia hasta bien entrado el s. II a.C.

Esta forma de cáliz es también habitual en Levante, donde ha sido considerada como una imitación de formas griegas (PAGE, 1984: 142 ss.).

II.3.D. Ungüentarios (FIG. 7, LAM. IVA)

En los Departamentos que estudiamos sólo han aparecido dos piezas completas (FIG. 7D-E) y restos de una tercera muy fragmentada. Tienen una pasta porosa, de color pardo, idéntica a la de algunos caliciformes, y su superficie aparece también espatulada con similar técnica. Su superficie es pardo-grisácea, ligeramente brillante y de tono satinado. Por efecto del calor del incendio en algunas partes la capa superficial del barro ha saltado, dejando al descubierto el núcleo arenoso y bastante deleznable de la pasta.

Una de las piezas es un ungüentario fusiforme achatado de muy pequeño tamaño (FIG. 7E) que se separa de los estudiados por CUADRADO (1978) o MUÑOZ (1986) no sólo por su morfología general, menos simétrica sobre un eje horizontal central, sino por la forma del pie, con base de anillo. La pieza mayor, de 21.26 cm. de altura, (FIG. 7D) presenta además una moldura o collarino en el arranque del cuello que la separa claramente de los modelos púnicos y helenísticos tan frecuentes en yacimientos ibéricos.

De hecho, estos vasos pertenecen a la misma producción que la mayoría de los caliciformes estudiados en el apartado anterior, y la forma peculiar en que se han realizado sus bases, especialmente la de la pieza mayor con pie desarrollado y moldura inferior, nos hacen sospechar que sean productos que imiten localmente los ungüentarios "helenísticos" tan difundidos en el mundo ibérico andaluz y levantino, además de en los núcleos coloniales griegos (Ampurias) y púnicos (Cádiz, Almuñécar, etc.) (MOLINA, BAÑON, 1983; ALMAGRO, 1953). La aparición de ungüentarios "ibéricos", incluso con decoración pintada, no es exclusiva de Andalucía: por citar un ejemplo, véanse los de la región valenciana (ARANEGUI, PLA, 1983:111).

además, de tres piezas que presentan la misma forma general, aunque son más alargadas y portan decoración más compleja. Por un lado, el vaso de Las Lagunillas (VAQUERIZO, 1983-84:17), más estrecho y alto y con algo de cuello y asa con inflexión; en segundo lugar una pieza procedente de Los Torviscales de Fuente Tójar (MARCOS y VINCENT, 1983:14), muy parecida a la de Las Lagunillas; y por último un vaso sin procedencia recogido por PEREIRA (1988a:525-526) y conservado en el Museo de Jaén. Sin embargo, ninguna de estas piezas corresponde exactamente al tipo de Cerro de la Cruz, aunque todas ellas respondan a una misma forma general.

También cercana, aunque de proporciones más redondeadas, es la pieza de la necrópolis de Los Collados recogida en el Grupo 2, tipo II, variante A de VAQUERIZO (1988-89:121).

II.4.C. Vasos verticales con asa de cesta. “sítulas”

Es quizá chocante la aparición en un contexto tan tardío de una única pieza similar en forma y tamaño a las anteriores pero con asa diametral que, como en una sítula, arranca del borde y atraviesa el diámetro del vaso en forma de arco de medio punto. Es un tipo de asa poco común, que se aplica a una cierta variedad de formas, si juzgamos por síntesis de PEREIRA (1988a:977), a cuyo catálogo habría que añadir la que ahora presentamos (FIG. 8E). Nuestro vaso parece tener una forma de kalathos, aunque sólo se conserva el borde y arranque del galbo. Los ejemplares hasta ahora conocidos en Andalucía de recipientes con este tipo de asa se asocian a contextos mucho más antiguos, salvo -quizá- el ejemplar de Andújar, hallado fuera de contexto (PEREIRA, 1988a:673 ss.). Algo parecido ocurre en Levante (ARANEGUI y PLA, 1981:106 y 80). Se plantea de nuevo la cuestión de la perduración de formas cerámicas tradicionales.

No entraremos aquí en el debate de si estas formas imitan o no las de las sítulas itálicas o las de vasos griegos (para detalles, PAGE, 1984:95 ss.).

II.4.D. Vasos cilíndricos hondos. (FIG. 15, LAM.IVb)

Es rara la aparición de un vaso cilíndrico muy alto para el diámetro de su galbo (unos 25 cm. para 8-9 cm. de diámetro), que recuerda la forma de un cangilón (FIG. 15E), si bien el estrangulamiento del cuello no es muy marcado. Suele presentar un orificio en el cuello de cierto diámetro, similar al que se produce en el hombro de muchas de las ánforas de tipo “ibero-púnico”. Su pasta es compacta, de color rema y cocción oxidante. La superficie está alisada con un instrumento romo, a trazos verticales la mitad inferior del galbo, y horizontales la superior.

No conocemos paralelos andaluces para esta forma, pero en cambio sí se han documentado dos piezas similares en la región extremeña. En concreto, un vaso similar aunque mucho más pequeño y sin estrangulamiento en el cuello fue hallado en

Homachuelos (Badajoz) (RODRIGUEZ DIAZ, 1991); otro ejemplar, mayor pero más tosco, ha ido recientemente hallado en el castro de Capote, en el Sur de Badajoz, lindando ya con la provincia de Sevilla (BERROCAL, 1989:289, n.9). Ambas piezas aparecen en un contexto tardío, del s. II a.C.

II.4.E. Jarras con asa vertical (FIG. 9F-H)

Son extremadamente escasas las jarras con un asa vertical, que en ningún caso presentan boca trilobulada (FIG. 9F-H). En primer lugar (FIG. 9H), contamos con una gran jarra de boca circular de 10,4 cm. de diámetro, cuello estrecho de superficie espatulada a trazos verticales, y galbo extremadamente panzudo. Se trata de una pieza grande, de más de 30 cm. de altura, realizada con la pasta compacta habitual en el yacimiento, cocción oxidante y superficie alisada con mayor cuidado del habitual. Es posible que una forma similar a la aquí documentada se halle en Montemolín (GARCIA, MORA, FERRER, 1989:235, Forma XII). Ambas piezas carecen de decoración y parecen tener una pasta similar.

Forma por completo distinta es la que recogemos en la FIG. 9G, de pasta y superficie similares a la anterior, pero con cuerpo más cilíndrico y labio con escalón interior, del que han aparecido algunos otros fragmentos en el yacimiento. El borde doblado al interior no es tan inhabitual como pudiera parecer. Lo conocemos por ejemplo en yacimientos de Baja Epoca del Sureste, como Cartagena (ROS SALA, 1989:102, Forma VIII) o Valencia (ARANEGUI Y PLA, 1981:99, forma 9d). Parece probable que este tipo de borde tenga un origen púnico (ver BARTOLONI, 1983:Fig. 5.h), aunque el origen remoto del tipo de jarra pudiera ser helénico (BARTOLONI, 1983:49); en todo caso, las bocas trilobuladas, más comunes en las jarras ibéricas, están ausentes en el Cerro de la Cruz y también en la necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1988-89).

Por último, recogemos una jarrita globular achatada (FIG. 9F) con pasta grosera de cocina pero cocción oxidante, sin alisar al exterior y sin pintar. Del borde arranca un asa pequeña vertical que llega al hombro. Por su altura (11,8 cm.) y capacidad de contenido no puede compararse a los tipos antes citados. Es una forma poco común, aunque conocemos un ejemplar casi idéntico procedente del cercano Cortijo del Puerto, y conservado en el Museo de Priego de Córdoba. De nuevo podemos hablar de un probable origen púnico, ambiente en el que se pueden hallar paralelos muy cercanos (p. ej. BARTOLONI, 1983:Fig. 8d, Fig. 9f), si bien estas formas parecen bastante arcaicas en el ámbito semita (BARTOLONI, 1983:68-70).

II.4.F. Grandes ollas globulares con asas. (FIG. 12)

Uno de los tipos de vasos más característicos del yacimiento corresponde a grandes ollas globulares, casi esféricas, de pequeña base con ónfalo y prácticamente sin cuello,

dotadas de asas cortas en la zona de mayor diámetro (FIG. 12B) o en la zona de los "hombros" (FIG. 12A).

Habitualmente son piezas de gran capacidad, en torno a 25-35 cm. tanto de altura como de diámetro máximo. Frente a la habitual homogeneidad en la forma y factura de los otros grupos que venimos estudiando, este tipo es homogéneo en la forma pero no tanto en pastas y acabados. Aquella suele ser de peor calidad que la empleada para los platos o las jarras, y es posiblemente idéntica a la usada en algunos calciformes. Se disimula a veces con un espeso engobe blanquecino o crema que se conserva bastante mal, aunque a veces ni siquiera se recurre a dicho expediente. Existe algún caso en que se ha utilizado la pasta habitual de la cerámica "fina", pero el conjunto de las piezas presenta tonos pardos oscuros en lugar de los ocres claros habituales en la cerámica del yacimiento.

Esta forma puede encajarse dentro de la IX de ESCACENA (1986:397 ss.), que agrupa tipos relativamente variados, aunque debiera colocarse como un subgrupo independiente a los definidos por dicho investigador. La ascendencia púnica tanto del tipo IX de ESCACENA (1986:402) como de nuestra forma parece indudable. Esta dependencia se aprecia sobre todo en versiones de tamaño reducido (p. ej. BARTOLONI, 1983: Fig. 8f), que abundan en el famoso estrato II de Alhonor (LOPEZ PALOMO, 1981:64-65).

Es también posible hallar en el ámbito del Genil piezas casi idénticas a las del Cerro de la Cruz tanto en forma como en tamaño, si bien el ejemplar más completo aparece pintado con un repertorio de motivos ya tardío. (LOPEZ PALOMO, 1987:178).

II.4.G. Ollas globulares sin asa. (FIG. 10)

Presentan base rehundida hacia el interior y estabilidad relativamente escasa, un perfil continuo sin inflexiones que da paso a un corto cuello estrangulado y a un borde grueso vuelto hacia el exterior.

Son siempre piezas de tamaño mediano (en torno a 15-20 cm. de altura y 11-16 de diámetro de borde). El diámetro máximo del cuerpo globular puede hallarse en la zona alta (FIG. 10C), central (FIG. 10A) o baja del vaso (FIG. 10B). Existe además una variante de tamaño mucho más reducido (FIG. 10F). Todas ellas son evidentemente contemporáneas. Las piezas del Cerro de la Cruz carecen de decoración, aunque vasos de la misma forma aparecen decorados en otros yacimientos andaluces.

Esta misma morfología se repite en piezas "finas" con pasta cuidada de cocción oxidante y engobe crema claro, pero también en otras de pasta grosera y cocción reductora de tonos negruzcos y pardos que constituyen los ejemplos típicos de vajilla "de cocina". En los departamentos analizados del Cerro de la Cruz ambas categorías de pastas ("fina" y "tosca") se dan en número similar.

Este tipo de olla es una forma elemental característica de la Cultura Ibérica, con precedentes prehistóricos, y puede hallarse en todas sus fases cronológicas. Se puede

integrar dentro de las Formas VIII y XVI de ESCACENA (1986:384 ss. y 532 ss.), cuya marcada separación no alcanzamos a comprender por colocarse en tipos distintas piezas virtualmente idénticas (p. ej. nos. 255-256 y 411-419). De la misma manera, este tipo se puede relacionar con el Grupo Formal 7 de PEREIRA (1988a:940 ss.).

En su variante de cocina en barro negruzco conocemos ejemplares similares desde el Pajar de Artillo hasta el Sureste, al igual que en cerámica fina. En el Cerro de la Cruz, con todo, son característicos los bordes engrosados del tipo de los que recogemos en la FIG. 10, con paralelos próximos en el Cerro Macareno, nivel 5 (PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:121). Ejemplos del mismo tipo pueden hallarse entre los materiales de la necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1990:194). No aparecen sin embargo en los Departamentos O, P y Ñ las ollas de cocina con acanaladuras o molduras en el cuello tan características de los yacimientos ibéricos del Sureste.

II.4.H. Vasos globulares de cuello acampanado. (FIG. 11)

A esta descripción responde un grupo relativamente reducido (11 piezas) de vasos de cuerpo globular con el diámetro máximo situado hacia el centro del galbo (FIG. 11A-C). Presentan base rehundida y cuello alto acampanado, de perfil bastante tenso, que remata en borde ligeramente vuelto hacia el exterior. Así pues, el cuerpo es similar en forma y dimensiones al del grupo anterior, aunque con cuello desarrollado. Sin embargo, esta forma sólo se da en cerámica fina, y habitualmente aparece decorada con pintura roja o incluso con bicromía rojo-negro (FIG. 11C) sobre fondo crema claro. Los motivos empleados se limitan a combinaciones de líneas y bandas en la zona del hombro del vaso, complementadas con una línea en el borde. Es uno de los tipos cerámicos que más frecuentemente se decora con pintura (64% de los casos).

Son por lo general piezas similares en tamaño a las "ollas" del tipo anterior, con alturas en torno a los 16-19 cm. y diámetros de borde en torno a los 12-15 cm.

Pieza excepcional es la recogida en la FIG. 11C, que consigue un efecto policromo al cubrirse el vaso con un engobe blanquecino-crema muy claro sobre el que se dispone una decoración de líneas y bandas rojas y líneas negras. Este empleo del blanco es muy raro en el Cerro de la Cruz, mientras que la policromía conseguida con una alternancia rojo-negro sobre fondo ocre es algo más frecuente, incluso dentro de este mismo tipo.

Por otro lado, se han hallado (Dpto. O, Aljibe) un par de fragmentos de vaso con este tipo de cuello, pero fabricada en una pasta bastante más basta que la habitual, de tono pardo oscuro -aunque no llega a la categoría del barro negruzco de cocina-.

Los paralelos más cercanos en forma y tamaño proceden del Pajar de Artillo, aunque en éstos la decoración es más compleja y el pie se indica ligeramente. El cuello acampanado, además, es menos tenso que en los ejemplares del Cerro de la Cruz (LUZON, 1973:57). Sin embargo, es también frecuente en ejemplares italicenses la característica combinación de bandas rojas y líneas negras (LUZON, 1973:36). Según Luzón, en Itálica

esta forma parece más frecuente durante el s. II que en el I a.C. En la necrópolis de Los Collados se encuentran formas parecidas aunque con hombros más marcados y cuellos menos tensos de aspecto más antiguo (VAQUERIZO, 1990:195, tipo II variante B).

Esta forma se puede incluir dentro de la XII de ESCACENA (1986:444 ss.), de amplia perduración cronológica. Sin embargo, dicho grupo incluye también otros vasos con cuello muy marcadamente estrangulado que no se relacionan de manera directa con nuestro tipo. Además de los de Itálica, los ejemplares más parecidos al tipo del Cerro de la Cruz proceden de Cástulo (ESCACENA, 1986:466). El Grupo Formal equivalente de J. Pereira es el IC (PEREIRA, 1988a:860), aunque dentro de una estructura diferente a la de J.L. Escacena.

Nuestra variante concreta parece propia del ámbito andaluz de época avanzada, puesto que un repaso preliminar de los tipos del Sureste no permite documentarlo en aquella zona (por ejemplo, en Valencia, ARANEGUI Y PLA, 1981, o Murcia, CUADRADO Y QUESADA, 1989).

II.4.1. Vasos tulipiformes (FIG. 11D-E)

Esta forma corresponde a vasos bajos con diámetro del borde mucho mayor que su altura, conformando en realidad grandes cuencos con cuello estrangulado. Sus galbos en forma de casquete esférico se asientan sobre bases rehundidas no indicadas al exterior. Sobre ellos se superpone un cuello acampanado bastante tenso (FIG. 11D) que remata en borde vuelto, de forma muy similar al del tipo anterior. Se decora casi siempre con una combinación de líneas y bandas pintadas de tono rojo en el hombro, además de una línea en el borde.

Su diámetro en el borde oscila de manera bastante constante en torno a los 20-23 cm., y su altura ronda siempre los 14 cm.

Constituye un grupo muy similar en pasta, decoración y factura, además de la forma del cuello, al anteriormente estudiado (vasos globulares con cuello acampanado), con el que, probablemente, forma "vajilla".

Es ésta una forma no documentada en la necrópolis de Los Collados de Almedinilla (VAQUERIZO, 1990), pero que en cambio aparece en contextos tardíos de poblados de la Baja Andalucía, como Cerro Macareno (PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:199) y sobre todo en Pajar de Artillo (LUZON, 1973:68-70).

El tipo de Almedinilla puede integrarse en la Forma III de ESCACENA (1986:295 ss.), aunque no corresponde exactamente con ninguna de sus variantes. En Almedinilla, como en el Pajar de Artillo, pero al contrario que en otros yacimientos -como Montemolín-, se distingue claramente esta forma de la copa mucho más pequeña, posiblemente destinada a beber, que hemos analizado ya. Dentro de la clasificación de J. Pereira, debiera integrarse dentro de su Grupo Formal 5AII (PEREIRA, 1988A:903 ss.).

El grupo formal que corresponde a esta forma aparece también en el Sureste, sobre

todo en fechas avanzadas, como testimonian las piezas de El Amarejo (BRONCANO Y BLANQUEZ, 1985:216) o Cartagena (ROS SALA, 1989:92), aunque también se da en fechas anteriores en el Cabecico del Tesoro, en La Bastida (ARANEGUI Y PLA, 1981:93) o en Cigarralejo (CUADRADO Y QUESADA, 1989:85, Fig. 12, tipo 11b2), normalmente con pie de anillo más complejo.

II.5. Grandes recipientes de almacenamiento/transporte

Recogemos en este epígrafe las formas destinadas al almacenamiento o transporte de cantidades importantes de líquidos o áridos. Se trata del conjunto de vasos cerámicos más espectacular de los hallados en los Departamentos O y P, no tanto por el número -con ser éste grande- sino por la gran capacidad de almacenamiento que representan en un espacio de por sí muy reducido.

II.5.A. Grandes recipientes globulares de boca ancha (FIG. 12)

Grandes vasos globulares en forma de casquete ultrahemiesférico con el diámetro máximo en la parte alta del galbo, cerca del borde, base rehundida ligeramente y boca muy amplia con ligero estrangulamiento que marca una carena entre el galbo y el borde exvasado (FIG. 12). Suelen ser vasos de grandes o muy grandes dimensiones, poco manejables, y que quizá se asentaron sobre trípodes metálicos, a juzgar por las marcas de óxido en uno de ellos. Esto resulta comprensible dada su escasa estabilidad. El diámetro del borde puede alcanzar desde 27 hasta 62 cm. y la altura hasta 34 cm. Es frecuente que posean un par de asas horizontales prácticamente testimoniales, plegadas en forma de "M" para ofrecer tres sujeciones (FIG. 12D).

Suelen estar elaborados con barro poco depurado que a menudo se disimula con un engobe blanquecino aplicado de manera descuidada, "a brochazos", posiblemente con un trapo empapado; también se encuentran piezas más finas aunque de paredes bastante gruesas y pesadas. En ningún caso se ha documentado decoración pintada.

Dada la amplitud de su boca, no parece que puedan interpretarse como recipientes de almacenamiento "permanente", sino más bien "temporal", en función de determinadas actividades de transformación.

Creemos que representa una forma típicamente doméstica, que no se documenta en la necrópolis de Los Collados (VAQUERIZO, 1990), y que por tanto no encuentra fácil cabida en la clasificación de Pereira dedicada a la cerámica decorada. Únicamente cabría su adscripción general al "Grupo Formal" 5 y tipo 5A (PEREIRA, 1988:907), y a la Forma IV de ESCACENA (1986:305 ss.), dentro de sus categorías de mayor tamaño. Este último autor enfatiza el carácter doméstico de las variantes más parecidas a las piezas que aquí estudiamos, y la elevada frecuencia de aparición de ejemplares no decorados. A los vasos por él catalogados -procedentes sobre todo de la Baja Andalucía- cabría añadir

piezas de Montemolín, que sin embargo cuentan con un cuello más acentuado que el de los ejemplares del Cerro de la Cruz (GARCIA, MORA, FERRER, 1989:229).

Nos encontramos ante un tipo también frecuente en otras cronologías y regiones, de modo que su rareza aparente en la Alta Andalucía se debe sobre todo a la escasez de hábitats excavados. Se ha documentado también -de manera ocasional- en necrópolis, como la de Galera, y corresponde a la forma 10 de cerámica fina de Cuadrado (CUADRADO Y QUESADA, 1989:84).

II.5.B. Anforas de tipo "Ibero-púnico". FIG. 13)

Los recipientes de almacenamiento más frecuentes en el conjunto del Cerro de la Cruz son grandes ánforas de tipología ibero-púnica muy evolucionada, de las que presentamos un ejemplar procedente del Dpto. P (FIG. 13C) y otros dos -más incompletos- de otros departamentos adyacentes a los estudiados pero de tipología idéntica (FIGS. 13A-B).

Constituyen, en todos los casos, grandes recipientes de pasta compacta de color crema y superficie crema blanquecina; sus galbos son aproximadamente cilíndricos y muy alargados, cerrando por arriba y por abajo con hemiesferas, de modo que los hombros resultan muy suaves, sin carena de ningún tipo. La altura de las piezas oscila bastante, pero puede llegar a alcanzar los 130 cm. o incluso más.

La parte inferior del galbo remata en un glande de formas diversas (FIG. 13D-H), elemento ausente de las ánforas ibéricas levantinas (RIBERA, 1982:Fig. 35) y de las ibéricas andaluzas anteriores al s. III, como se aprecia en el Cerro Macareno, donde ocasionalmente se atisban glandes menos desarrollados (PELLICER, 1978:397, fig. 12; PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:189); el glande está por lo general ausente en Andalucía (FLORIDO, 1984). Más parecidos son algunos de los terminales hallados por R. Corzo en sus excavaciones de Osuna (CORZO, 1977:50).

La parte superior del galbo de estas ánforas termina en otra hemiesfera que remata en un borde grueso vertical asentado directamente, sin cuello, definiendo una boca estrecha de en torno a los 12-15 cm. (FIGS. 13A-C). Las formas de los bordes, normalmente engrosados al interior, varía bastante, e incluso la sección puede cambiar dentro de una misma pieza. Son frecuentes dos características: una marcada inflexión en el interior del borde (no apreciable en los ejemplares ilustrados) y la verticalidad del borde exterior. En ninguno de los ejemplares estudiados es visible la línea interior o el hueco que indica la génesis del borde mediante plegado de la arcilla, como ocurría por ejemplo en el Cerro de los Palacios, Itálica (BENDALA GALAN, 1982:57).

En el arranque de los "hombros" o de la parte hemiesférica superior estos recipientes llevan dos cortas asas de sección circular. Nunca presentan decoración alguna.

El tipo del Cerro de la Cruz no coincide exactamente con los tipos del Cerro Macareno, Itálica u otros yacimientos andaluces, pero se aproxima al tipo D del Macareno (PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:190; PELLICER, 1978:Fig. 13), o al XI

de FLORIDO (1984:428); con todo, su remate inferior en forma de glante, el galbo cilíndrico, y la forma plenamente hemisférica del cuarto superior hacen nuestra variante bastante singular, y diferente también de las ánforas tardías de tipología similar documentadas en el Sureste (por ejemplo, BRONCANO, 1989:130, 164).

II.5.C. Grandes tinajas de boca ancha (FIG. 14)

El otro conjunto de grandes recipientes cerrados del Cerro de la Cruz es el compuesto por grandes tinajas de paredes verticales, a menudo de mayor diámetro cerca de la boca (FIG. 14A), bases redondeadas sin remate terminal, y apertura mucho más ancha que la de las ánforas anteriores, puesto que el diámetro de la misma oscila entre los 30-40 cm. Además, el hombro es bastante más marcado que en aquéllas, aunque sin llegar a formar arista o carena. El criterio funcional decisivo es el tamaño de la boca, que hace estos recipientes más aptos que los anteriores para almacenar grano o cualquier otro tipo de material sólido, mientras que las ánforas de tipología ibero-púnica son especialmente adecuadas para contener líquidos.

Es normal que estos recipientes presenten dos asas de cinta diametralmente opuestas, plegadas en "M" para ofrecer tres puntos de fijación, pero dispuestas en vertical, frente a la colocación horizontal del mismo tipo de asa en los grandes recipientes globulares (FIG. 12D) o en la fuente de base plana que ya hemos estudiado (FIG. 9A).

Estas grandes tinajas suelen aparecer profusamente decoradas con motivos geométricos pintados en rojo y negro. La composición habitual consta de bandas horizontales rojas enmarcadas por líneas negras que definen frisos (dos o tres) formados por semi-círculos concéntricos alternados con ondas verticales, motivos todos ellos bastante descuidados. El conjunto de la decoración suele ocupar los dos tercios superiores del vaso (FIG. 14B).

Las dimensiones de estas piezas pueden variar notablemente, más que en las ánforas. El diámetro de la boca llega en un caso a 41 cm., frente a los 30-32 habituales. Del mismo modo, las alturas oscilan entre los 70 cm. y más de un metro.

Si bien habitualmente hallamos paralelos cercanos a muchos de nuestros tipos en Andalucía Occidental, no parece ser éste el caso de la forma que ahora estudiamos. Las grandes tinajas del Pajar de Artillo tienen forma y decoración bien distinta (LUZON, 1973:78), mientras que entre los fragmentos de borde del Cerro Macareno o de Montemolín no se encuentran modelos similares (PELLICER, ESCACENA, BENDALLA, 1983; GARCIA, MORA, FERRER, 1989), aunque sí se documenten bordes de *dolia* de función y tamaño parecidos pero algo más antiguos. En cambio, y mirando hacia el Sureste, yacimientos como el del Amarejo han proporcionado piezas comparables (BRONCANO Y BLANQUEZ, 1985:250), que a su vez se relacionan con otras del Sureste de fases más antiguas (ss. IV-III a.C.).

Finalmente, nuestro tipo se integra bien dentro de la Forma XXV de ESCACENA

(1986:683 ss.) y el tipo 11A de Pereira; los ejemplos más próximos se documentan en la Alta Andalucía, concretamente en Toya (ESCACENA, 1986:696-697, PEREIRA, 1988a:985, Tipo 11A; PEREIRA, 1979).

II.5.D. Anforas cilíndricas de tipo púnico (FIG. 15)

En el Dpto. P -exclusivamente- hemos podido documentar media docena de pequeñas ánforas de cuerpo cilíndrico y borde vertical engrosado al interior (FIG. 15A-B, LAM VIA), de tipología púnica, que no deben confundirse con el tipo D de Mañá, de borde completamente distinto y tamaño mucho mayor.

Se trata de piezas pequeñas, fácilmente manejables, con un diámetro aproximado de 17-20 cm. y una altura de unos 40-45 cm. La pasta es bastante mala, de cocción irregular, porosa y superficie poco alisada, con colores que oscilan del pardo grisáceo a un amarillento blanquecino.

Al parecer, se fabricaban de manera preferente en Cádiz (PERDIGONES, MUÑOZ, 1988:110), donde se empleaban sobre todo para salazones de pescado, según se deduce de la estampilla con atunes hallada en el borde de una de ellas (MUÑOZ, FRUTOS, BERRIATUA, 1987:501, Fig. 8.1). Corresponden al tipo E2, variante 3 de MUÑOZ (1987:261 ss.), datable desde el s. IV al II, muy abundante en Cádiz, y cuya difusión hacia el interior se extiende ya no sólo al Pajar de Artillo (LUZON, 1973:48, tipo C, Lám. XXXVI, XLIXA), o Cerro Macareno (PELLICER, ESCACENA, BENDALA, 1983:185), sino hasta Almedinilla y Pinos Puente en Granada, en contextos del s. II avanzado (SANMARTI, 1985:137.j para el ejemplar de Pinos Puente).

Casi con seguridad corresponden a este mismo tipo las ánforas halladas en Numancia, pecio de Illa Pedrosa (Gerona), Cartagena y Pinos Puente, estudiadas no hace muchos años por E. SANMARTI (1985), quien hablaba de “ánforas de época republicana, de origen presumiblemente hispánico”. Todo ello plantea interesantes cuestiones sobre comercio, comunicaciones y contenidos de los recipientes, si pensamos que en el último tercio del s. II a.C. llegaban salazones gaditanas no sólo al área onubense o sevillana, sino a rincones de la Subbética, Cartagena e incluso quizá a las tropas romanas que asediaban Numancia.

En resumen, parece que el tipo E2 de MUÑOZ (1987), el X de FLORIDO (1984), el tipo nuevo de SANMARTI (1985), y quizá algunos ejemplares del C de LUZON (1973) y G de RIBERA (1982:118) son equivalentes, siendo su ascendencia púnica indudable, con una tradición que se remonta mucho en el tiempo (BARTOLONI, 1983: Fig. 3i).

II.6. Tapaderas

Las tapaderas son una categoría de objetos bastante habitual en el Cerro de la Cruz, asociada la mayoría de las veces a vasos de almacenamiento, y en concreto a las tinajas

decoradas. Pueden distinguirse tres tipos fundamentales, todos específicamente diseñados como tapaderas, aparte de los platos o cuencos que, como ocurre en las necrópolis, pudieran emplearse de manera ocasional como cubierta de urnas.

II.6.A. Grandes tapaderas troncocónicas (FIG. 16)

Grandes tapaderas de hasta 40 cm. de diámetro, utilizadas para cubrir las grandes tinajas ibéricas de boca ancha, en las que algunas encajan perfectamente. Al igual que dichas tinajas, suelen estar decoradas con distintas combinaciones de líneas y bandas rojas, e incluso con bicromía rojo-negro, según el patrón habitual de anchas bandas rojas alternadas con líneas negras más estrechas.

En alguna ocasión se documenta una tapadera de este tipo sin decorar y a menor tamaño (FIG. 16E).

Se caracterizan además por el característico “plegado” de la pared en la zona superior, que actúa de agarradera o pomo. Aunque se trata de un tipo documentado desde el s. IV a.C., parece especialmente característico de los yacimientos de Baja Epoca en toda el área ibérica, desde la zona turolense a la andaluza, pasando por la valenciana. Se documentan así piezas casi idénticas -aunque con diferente decoración- en S. Miguel de Liria (ARANEGUI Y PLA, 1981:110), Cigarralejo (CUADRADO Y QUESADA, 1989:115), etc. Con decoración muy similar en motivos y disposición se conserva al menos una tapadera en el Museo de Teruel procedente del Castellillo de Alloza, lo que, como en otras formas, indica una amplia difusión de tipos y decoraciones en Baja Epoca. Casi en el otro extremo de la Península Ibérica, en Pajar de Artillo, conocemos también una tapadera que podría pertenecer a este tipo, aunque su restitución teórica sea algo diferente (LUZON, 1973:74, Lám. XVIII C.).

Si bien algunas piezas se han ennegrecido superficial y completamente debido al incendio que destruyó el poblado, en general, como las tinajas que tapaban, sufrieron siempre cocción oxidante y tuvieron un color claro. Fue tal la intensidad del incendio, sin embargo, que algunas tapaderas presentan incluso una pasta completamente reducida, de color gris ceniciento.

Al menos en un ejemplar de los recuperados (FIG. 16B), encontramos el sistema de decorar todo el recipiente con una sola línea pintada en espiral sobre el tomo, procedimiento “perezoso” ya comentado para algunos cuencos y copas. En este sentido, no sólo coincide el sistema de decoración sino la pasta y cocción, lo que permite hablar de un taller o alfarero concreto.

Las tapaderas de este tipo corresponden al Grupo Formal 14 de PEREIRA (1988a:997 ss.) -variante nueva- y a la Forma XXVI de ESCACENA (1986:703 ss.), variante de pomo lenticular, aunque de nuevo las piezas del Cerro de la Cruz carecen de paralelos inmediatos.

II.6.B. Pequeñas tapaderas troncocónicas (FIG. 16D)

Constituyen una variante a pequeña escala de las anteriores (FIG. 16D) y en algún caso pudieran ser piezas bifuncionales, actuando según la necesidad como cuencos o tapaderas (FIG. 16D, F), puesto que tienen las paredes más verticales. Suelen también aparecer decoradas con alternancias de líneas y bandas rojas.

II.6.C. Pequeñas tapaderas perforadas (FIG. 9I-J)

Conocemos en el Cerro de la Cruz sólo cuatro ejemplares de tapaderas bastante planas de pequeño tamaño (10-15 cm. de diámetro máximo), que suelen aparecer quemadas - no necesariamente por el incendio que destruyó el poblado- y que presentan una perforación central bastante ancha (FIG. 9I-J, LAM. IIIA). Se trata posiblemente de tapaderas utilizadas en la vajilla de cocina. No fueron decoradas y esto explica que la forma no sea recogida en los estudios monumentales de PEREIRA (1988a) y ESCACENA (1986). El único paralelo andaluz que conocemos procede de Osuna (CORZO, 1977: Fig. 24.5) y no, quizá sorprendentemente, de Pajar de Artillo o Alhonz. También en Teruel hemos tenido ocasión de ver una tapadera con orificio similar, de pasta grosera, procedente de El Palomar de Oliete, con una datación muy tardía, de época sertoriana.

II.7. Otros

Además de los tipos mencionados, todos los cuales se documentan en más de una ocasión y a veces en decenas de casos -lo que resulta un claro índice de su difusión-, contamos con algunas formas muy especializadas mucho menos frecuentes, pero también representadas en los Departamentos O, P y Ñ del Cerro de la Cruz.

II.7.A. "Tuberías". (FIG. 15C-D, LAM. VB)

Entre ellas debemos destacar en primer lugar un conjunto de varios ejemplares completos o en fragmentos (FIG. 15C) destinados a canalizar el agua de entrada o salida al aljibe del Dpto. O. Se trata de tubos cilíndricos cerámicos de unos 40-50 cm. de longitud y 15 cm. de diámetro en el centro, rematados en cada extremo por molduras diseñadas para facilitar su empalme con otros tubos. En algún caso se conserva todavía el barro que sellaba las juntas entre las tuberías, lo que hace sumamente improbable que se tratara de una suerte de embudos destinados a facilitar el llenado de las ánforas, para lo que no hubiera sido necesario empalmar dos o más piezas. Según noticias proporcionadas por O. Arteaga, objetos muy similares se han documentado en las excavaciones de Obulco asociadas también a aljibes.

Más complicado es el caso de un único ejemplar de diversa morfología (FIG. 15D), que por un extremo presenta el sistema habitual para empalmar con otros tramos de tuberías, pero por el otro resulta ser un verdadero embudo, quizá demasiado pequeño para actuar -por ejemplo- como colector de agua de lluvia caída sobre el tejado de la habitación. Cabría pensar -ahora sí- que esta pieza hubiera servido como embudo para llenar ánforas, pero su coincidencia de pasta, tamaño, borde y aspecto con los otros tramos de tubería nos hace dudar, por lo que creemos que su interpretación habrá de ser buscada más en relación con nuestra primera hipótesis.

En total, contamos en el Dpto. O con cuatro tuberías enteras o fragmentadas, que alcanzarían cerca de 170 cm. de longitud una vez trabadas unas en otras. Otra pieza, de 46,5 cm., apareció aislada en el Dpto. O. Existen además dos fragmentos dudosos (uno del Dpto. P y otro del O) por su fragmentación.

II.7.B. Embudo (FIG. 11F)

No es necesario además recurrir a las “tuberías” para documentar la función de embudo, cuando contamos con un claro ejemplar de este último tipo hallado en el interior del Aljibe del Dpto. O. Fue elaborado en pasta fina y sometido a cocción oxidante, y decorado además con anchas bandas de pintura roja. Cuenta con un par de perforaciones practicadas en el borde (FIG. 11F) y mide 12 cm. de altura y 15,5 cm. de diámetro máximo. No conocemos paralelos andaluces de este tipo de embudo decorado con pintura, aunque pueden hallarse en otras regiones, incluso del área celtibérica.

II.7.C. “Anforilla” (FIG. 10H)

Hasta el momento, contamos con un único ejemplar de este curioso tipo de piezas (FIG. 10H), que imita a muy pequeño tamaño un ánfora de modelo “ibérico púnico”, con remate en forma de glande y asitas verticales, complementando un cuerpo globular con boca proporcionalmente ancha de labio exvasado. No está decorada, se realizó en pasta medianamente depurada de color crema con desgrasantes medianos y finos, y mide 17 cm. de altura por 9,7 cm. de diámetro del borde. Pese a la relativa finura de la pasta, su acabado es tosco, sin alisado cuidado al exterior, y con claras marcas de dedos en el interior.

Conocemos paralelos para este tipo tanto hacia el Sur (Genil) como hacia el Este (Bastetania). En el gran conjunto cerámico del estrato II de Alhonor (LOPEZ PALOMO, 1981:68, Fig. 19) se hallaron algunas anforillas similares en tamaño y forma, (Forma 3 de López Palomo), aunque con borde plano y galbo cilíndrico, que permite a nuestro juicio descartar un lugar de producción común para ambos tipos. El excavador de Alhonor creía posible que éstos fueran contenedores de agua, con capacidad no muy superior al litro.

En la necrópolis de Baza, en un contexto anterior en más de un siglo a los de Alhonz y Cerro de la Cruz, se hallaron algunas piezas muy similares en concepción, aunque sin remate en forma de glante y con las asas mucho más cerca de la boca (PRESEDO, 1982:73-74, Sep. 43; 144, Sep. 98). Esto prueba a nuestro juicio una prolongada tradición de la forma. Es posible que muchos fragmentos no se hayan reconocido en diversos yacimientos, confundidos sus bordes con tipos de ollas u otros vasos globulares.

II.7.D. Tonelete Cerámico

En el Dpto. O recuperamos los restos de un tonel cerámico de gran tamaño: el diámetro del cilindro básico que compone el cuerpo es de unos 37 cm., lo que permite suponer una longitud cercana a los 45-50 cm. Está fabricado en una pasta similar a la de las ánforas. No es un ejemplo único en el yacimiento, sino que, por el contrario, resulta una forma bastante común (VAQUERIZO, 1990:219.1, 223.1 etc.). Su mal estado de conservación, sin embargo, no permite por el momento una caracterización tipológica afinada.

Este tipo cerámico, destinado sobre todo al transporte de líquido -presumiblemente agua- a lomo de cabalgaduras, ha sido objeto de algunos trabajos monográficos, el más reciente de los cuales es el de PEREZ MINGUEZ (1988), al que remitimos para bibliografía anterior. Sin embargo, el mapa de distribución presentado por este autor resulta incompleto por lo que se refiere a Andalucía, que aparece como un gran vacío. Además de los ejemplares hasta ahora inéditos del Cerro de la Cruz, un recorrido rápido nos permite recoger toneletes de diversos tamaños al menos con Alhonz (LOPEZ PALOMO, 1981:69, Forma 4), y Osuna (CORZO, 1977: Fig. 24.4). El nexo de unión entre el Sureste y Andalucía nos lo ofrece el yacimiento de El Amarejo, donde se han hallado varios ejemplares de tonel (BRONCANO Y BLANQUEZ, 1985:104; 110; BRONCANO, 1989:179).

II.8. Cerámica importada (FIG. 17)

Aunque en el conjunto del Cerro de la Cruz son relativamente abundantes, los materiales importados susceptibles de proporcionar dataciones absolutas son muy escasos en los tres Departamentos estudiados aquí (O, P, Ñ); con todo, los recuperados coinciden en su cronología con otros datos más completos -monedas, vasos campanienses enteros- documentos en otras estancias (VAQUERIZO, QUESADA Y MURILLO, 1991).

Contamos con algo más de media docena de fragmentos de *cerámica campaniense*, por lo general muy pequeños e insuficientes para reconstruir las formas completas (FIG. 17 C-G). Sin embargo, los fragmentos corresponden a los tipos y fábricas comunes hasta ahora en el yacimiento: piezas de Campaniense A, de las formas 68L (una de las más frecuentes en el Cerro de la Cruz, FIG. 17G), 55L (FIG. 17D), 25/27 (FIG. 17E), F. 28 cL (Fig. 17C); el conjunto se puede fechar dentro del s. II a.C. avanzado.

En el Dpto. P recuperamos el borde de un ánfora importada, (FIG. 17A, LAM. VIB) que por lo acampanado del cuello y la forma maciza y marcadamente triangular del borde, más ancho que alto, parece -a falta de análisis de pastas- más un tipo *grecoitalico* tardío que un Dressel IA, tipo que en todo caso evolucionó a partir de ella, lo que hace difícil distinguir los ejemplares transicionales.

Puede fecharse entonces en torno a la segunda mitad del s. II a.C. (PEACOCK Y WILLIAMS, 1986:84-85), y cabría clasificarla dentro del tipo XV de FLORIDO (1984:431) o, por lo que se refiere a las variantes concretas de ánforas grecoitalicas, al tipo e de Will, quizá de producción ampuritana o del Nordeste Peninsular (WILL, 1982:353).

Por último, justo detrás de la pared del Dpto. P, en el estrecho pasillo D, documentamos una jarrita de tipo "*gris ampuritano*" (FIG. 17B) que podemos clasificar dentro de la Forma 4 del reciente estudio de ARANEGUI (1985); se caracteriza por una altura similar al diámetro máximo y tres molduras en el cuello, y es fechada por dicha autora en torno a la primera mitad del s. II, aunque para una pieza andaluza cabe pensar en una moderada perduración.

II.9. Cerámica medieval (FIG. 17 H-L)

Justo encima del Dpto. Ñ fue aislado ya en 1985 (Vaquerizo, 1990:211.1) un contexto de época medieval islámica que ha proporcionado materiales característicos y similares a los hallados en otros puntos del yacimiento también afectados por estas intrusiones (VAQUERIZO Y QUESADA, e.p.). Una muestra de estos recipientes se recoge en la FIG. 17, incluyendo un candil (FIG. 17H), un caso de cuello vertical con pintura parda (FIG. 17I), un vaso de almacenamiento de borde plano y pasta grosera decorado en la parte superior con una fila de círculos impresos (FIG. 17J), así como un fragmento decorado con peine ondulado, de pasta amarillenta arenosa (FIG. 17K).

III. Análisis microespacial preliminar

Si bien en los Departamentos estudiados aparece buen número de otros materiales (útiles de hierro, astrágalos, fusayolas, etc.), son las cerámicas las que -por su volumen y relación con las estructuras de los espacios- mejor permiten proponer una hipótesis sobre la funcionalidad de las diferentes estancias. La excepción más notable es quizá el gran conjunto de pesas de telar hallado en los dos compartimentos del Dpto. Ñ, que constituyen un importante elemento a tener en cuenta. Por ello, este análisis centrado en las cerámicas habrá de completarse en la Memoria definitiva con el estudio de los demás materiales, así como el de los otros elementos estructurales que aparecen en el interior de las estancias (molino, aljibe, plataformas, etc.).

Entretanto, es sin embargo posible realizar algunas consideraciones sobre las cerámicas, cuyo estudio tipológico ha sido objetivo fundamental de este trabajo. Las FIGS. 18 A-B y 19A comparan la cerámica de los departamentos O, P y Ñ sobre la base de su tamaño y presumible función. En ellas, se aprecia claramente cómo en O y P las formas abiertas pequeñas (platos, lucernas y cuencos) suponen la mitad del total de los vasos, mientras que esa proporción se reduce al 18% en el Dpto. Ñ. De hecho, O y P presentan un comportamiento casi idéntico en los porcentajes de distintos grupos cerámicos, que contrasta con el Dpto. Ñ, en el que el porcentaje de formas cerradas medianas (ollas, vasos globulares) se dobla con respecto a las otras estancias. Podría de ello deducirse una función similar para los espacios O y P, y una diferente para Ñ. Siempre sin tener en cuenta otros materiales que parecen no obstante confirmar esta hipótesis (presencia casi exclusiva de pesas de telar en el Dpto. Ñ).

Con todo, y aún centrándonos sólo en la cerámica, un estudio que tenga en cuenta no los porcentajes en cada estancia, sino las proporciones del total de cada grupo en cada departamento (FIGS. 20A-B), permite atisbar un panorama por completo diferente. En la FIG. 20A se aprecia claramente, por lo que respecta a Ñ, que lo importante no es la diferente composición porcentual de sus tipos cerámicos en comparación con la de O y P, sino la extrema escasez de cerámica: en efecto, Ñ fue sobre todo un almacén de pesas de telar.

Por lo que se refiere a los Dptos. O y P, la FIG. 20B demuestra que ambas estancias ofrecen una proporción aproximadamente igual de cada grupo de formas; pero mientras que el Dpto. O es claramente predominante en formas abiertas grandes y formas cerradas pequeñas, en la categoría de vasos de almacenamiento es Ñ el Dpto. con mayor proporción de vasos.

La FIG. 20A, que compara números absolutos de vasos, es aún más expresiva. Confirma la escasez de vasos en Ñ, el enorme predominio numérico de las formas abiertas pequeñas y la extrema escasez de formas abiertas grandes. Ahora bien, mientras que O y P cuentan aproximadamente con el mismo número de formas abiertas pequeñas, de formas cerradas pequeñas y de tapaderas, parece que O tiene bastantes más formas cerradas medianas, mientras que P guardaba bastantes más formas de almacenamiento, -que además ocupan mucho más espacio para un número dado de vasos-. Para confirmar nuestra hipótesis de que P era el almacén principal del conjunto estudiado hemos realizado la FIG. 19B.

En ella (FIG. 19B) se aprecia con mayor claridad cómo de entre las formas de almacenamiento, en el Dpto. O (el que contiene el aljibe y el molino) sólo predominan sobre P los grandes vasos globulares inestables ("lebrillos"), que no son estrictamente vasos de almacenamiento, sino probablemente de trabajo y almacenamiento momentáneo. En cambio, en el Dpto. P (sin estructuras "industriales") se hallaron la totalidad de las ánforas púnicas y la grecoitalica, además de la inmensa mayoría de las tinajas de grano (14 contra 3) y casi todas las ánforas ibero-púnicas de líquido (16 contra 6). Por tanto, un

análisis detallado confirma la función básica de almacén del Dpto. P. El amplio número de platos, lucernas y cuencos hallados en dicha estancia debfa conservarse a juzgar por la posición en que se hallaron caídas, en estanterías colocadas en las paredes N y S de la habitación.

En todos los espacios estudiados, la concentración de recipientes cerámicos (cerca de 500 vasos diferentes) y de otro tipo de materiales es tal que apenas debió dejar espacio para el movimiento de personas, y mucho menos para actividades como el sueño o la cocina. Sólo los grandes recipientes (ánforas, tinajas, lebrillos) debieron ocupar la mayoría de los aproximadamente 37 metros cuadrados útiles que suman las tres estancias, incluyendo la cubierta de madera del aljibe. Como ya hemos indicado, buena parte de las formas de menor tamaño debieron estar depositadas, a juzgar por la posición en que aparecieron, en estanterías, toda vez que los platos carecen de perforaciones que permitan su sujeción directa a la pared, modo clásico de disponer estos vasos de abiertos.

IV. Conclusiones

Por lo que se refiere a la creación de una Tipología de materiales, creemos que la cerámica presentada aquí, pálido reflejo del conjunto total documentado en las excavaciones, habla con más claridad que cualquier comentario. En la práctica, y aunque todavía no esté organizada como tal, hemos presentado una completa tipología de cerámica ibérica procedente de un núcleo de hábitat de Baja Epoca, de vasos de almacenamiento, de cocina y de vajilla fina. Es, probablemente, el mayor y más completo conjunto de que actualmente se pueda disponer en Andalucía, y por tanto consideramos que reúne gran importancia. Al material presentado sólo puede quizá compararse -con menor cantidad y variedad de ejemplares- la tipología italicense del Pajar de Artillo.

Tanto en formas como en patrones de decoración pintada -cuando la hay- la cerámica del Cerro de la Cruz manifiesta una clara diferenciación con las cerámicas más antiguas (ss. VI-III a.C.), tanto del ámbito bastetano (Baza), del bastetano-oretano (Cástulo) como del turdetano (niveles antiguos del Cerro Macareno).

Una comparación de las formas aquí expuestas con el resumen tipológico publicado por J. PEREIRA (1988b) permite comprobar que prácticamente ninguna de las formas del Cerro de la Cruz ofrece paralelos cercanos con los tipos anteriores al s. III a.C. recogidos por Pereira. Un número mayor de tipos deriva claramente de aquéllas, pero la mayoría de ellos -no decorados- está ausente tanto en dicha clasificación como en la realizada por ESCACENA (1986). De hecho, existen Grupos Formales completos de Pereira que no se documentan en el Cerro de la Cruz, incluso entre los platos y ollas. Todo ello parece confirmar que la vajilla ibérica del s. II a.C. es ya sustancialmente diferente de la anterior al s. III.

Un resultado similar resulta de la comparación de los tipos del Cerro de la Cruz con las formas de la necrópolis de Los Collados, ubicada a pocos centenares de metros, y que probablemente fue el cementerio del poblado. En este caso se aprecia cómo la necrópolis (VAQUERIZO, 1988-89) contiene una gran abundancia de formas claramente más antiguas, como los vasos derivados del tipo *chardon* del tipo II de Vaquerizo, las urnas de cuello acampanado (tipo II, variante B), platos de pie plano e incluso las crateras de imitación. En cambio, algunas otras formas (caliciformes, Grupo I, tipo III), algunos tipos de vasos globulares (Grupo I, tipo V), platos de pie anular y borde vuelto (Grupo 3, tipo VI) corresponden bastante bien con los tipos hallados en el poblado, datables en el s. II a.C.

De esta situación se pueden deducir tres posibilidades:

a) La necrópolis tiene una fase coincidente con la del poblado, y además otra mucho más antigua que se puede remontar hasta el s. IV a.C. Esta posibilidad viene apoyada por la tipología de otras categorías de objetos, como algunas armas.

b) La necrópolis es toda ella de Baja Epoca, pero en ella se amortizaron materiales considerablemente más antiguos, conservados y reservados para la "ciudad de los muertos".

c) Se fabrican en el s. II formas "arcaizantes" destinadas con exclusividad al uso funerario, de modo que aunque la necrópolis sea tardía tiene un aspecto más antiguo. Ninguna de esas producciones se habría localizado en el poblado.

Creemos en principio -y por ahora- más probable la primera opción, lo que nos deja el problema de la ubicación del poblado más antiguo, anterior al s. II, que todavía no hemos documentado en las zonas excavadas del Cerro de la Cruz.

Sea como fuere, entre los materiales del Cerro de la Cruz faltan por completo los vasos de gran cuello acampanado, los vasos tipo Cruz del Negro y derivados, los vasos de orejetas, cazuelas, kalathoi antiguos, etc. Hay una definida tendencia hacia galbos más rectilíneos y a formas compuestas más simples que en periodos anteriores.

Con todo, este último fenómeno, así como la escasez de piezas decoradas, puede deberse en gran medida al contexto doméstico y no funerario de las piezas. Sólo las tinajas de gran tamaño y alguna pieza cerrada mediana muestran una decoración compleja con semicírculos concéntricos y ondas, mientras que las decoraciones más habituales son simples bandas y líneas horizontales, tendencia que parece ser general en el mundo ibérico partir del s. III (p. ej. Cigarralejo, Amarejo). La inmensa mayoría de la cerámica del poblado no portaba decoración.

Por último, cabe indicar que, aunque se observa una amplia variabilidad regional en los tipos cerámicos, se advierte en esta fase crepuscular del mundo ibérico una cierta comundiad de ideas y una gran permeabilidad tipológica, de modo que es posible hallar paralelos muy próximos en forma y decoración para algunos tipos (p. ej. tapaderas, vasos verticales, etc.) en lugares tan alejados de la Subbética como Teruel, Valencia y Extremadura, según se ha visto en los análisis particulares.

El significado cultural de los materiales que hemos presentado es también de sumo interés, en tanto que el yacimiento, situado como ya hemos dicho en alguna ocasión en territorio bastetano limítrofe con la Turdetania, presenta además de una considerable personalidad propia, producciones que podrían considerarse propias del ámbito punicizante de la zona del Genil (Alhonor, incluso Osuna) y de aún más al Sur, junto con otras de clara raigambre bastetana localizadas en la zona granadina (Baza, Toya), y por fin otras cuyos mejores paralelos los encontramos en el área sevillana (Pajar de Artillo, Cerro Macareno). La influencia de materiales púnicos y punicizantes es en este contexto especialmente fuerte, y su influencia formal muy intensa. Aún así, conviene no olvidar que el peso comparativamente muy fuerte de los paralelos turdetanos (Pajar de Artillo, Cerro Macareno, Osuna...) deriva quizá de la escasez de excavaciones en poblados de Baja Época de la Alta Andalucía, problema con el que ya en su momento tropezó J. Pereira (P. ej. PEREIRA, 1989:156).

La ubicación del Cerro de la Cruz en una zona fronteriza facilitaría sin duda esta conjunción de influencias, ampliadas además con la recepción de materiales aún más alejados (ánforas de producción gaditana, jarra ampuritana) y otros extrapeninsulares (cerámica campaniense).

La impresión de "cosmopolitismo" que esta enumeración podría causar es sin embargo exagerada. La proporción de cerámica campaniense o de ánforas gaditanas es ínfima, en comparación incluso con la de yacimientos de la misma época en el Guadalquivir, como Córdoba. De hecho, quizá lo más notable del yacimiento sea su ambiente plenamente ibérico-bastetano en un momento en que los romanos dominaban la región, desde los puntos de vista militar y político, desde hacía casi un siglo. La impresión que dan los materiales cerámicos coincide con la que se deduce de la propia ubicación topográfica del poblado o de las estructuras arquitectónicas, aunque choca también con elementos (aljibes ovales de tipo helenístico, molinos de rotación, tuberías) que indican una clara sofisticación, herencia quizá de tradiciones púnicas más que helénicas, llegadas desde el Sur.

Por lo que se refiere a nuestro segundo objetivo, el análisis microespacial de los espacios, parece que un estudio detallado permite mantener la propuesta ya realizada (VAQUERIZO, QUESADA, MURILLO, 1991) en el sentido de que nos hallamos ante una zona de transformación agrícola/artesanal (Dpto. O) apoyada por dos áreas dedicadas fundamentalmente al almacenamiento de áridos, líquidos y quizá otros alimentos (Dpto. P) y pesas de telar (Dpto. Ñ).

Sin embargo, una sosegada reflexión obliga también a matizar e introducir interrogantes, el principal de los cuales se puede sintetizar así: Si las actividades del Dpto. O se centraban en la molienda de grano, tal y como se deduce del molino harinero y de las abundantes leguminosas halladas junto a él, y si este grano y harina se almacenaban en los grandes recipientes del Dpto. O ¿qué sentido tiene entonces la aparición de materiales completamente distintos, destinados a actividades diferentes, y procedentes según

parece de varios talleres, almacenados en el Dpto. Ñ (pesas de telar)?; ¿cómo debemos explicar la aparición en los mismos espacios de instrumental agrícola (picos, raedera), de vasos de beber, de cerámica fina, etc.?. Si se tratara de un área de almacenamiento comunal, esta diversidad parecería absurda, puesto que sería más lógico hallar espacios monofuncionales, destinados cada uno a una actividad concreta. De este modo, quizá la propuesta más aceptable sea la de que nos hallamos ante una serie de estancias utilizadas por una unidad de tipo familiar complejo que desarrolló una cierta variedad de actividades, con un uso, en definitiva, de carácter plurifuncional.

Se plantean además otros interrogantes, derivados de la proximidad del aljibe al molino, de la presencia de una pequeña pileta y una plataforma central de barro, etc., que no podemos intentar contestar aquí. Sólo el estudio conjunto de las características arquitectónicas de los espacios, de las estructuras de trabajo y de los tipos y distribución de los materiales podrá dar una respuesta global que, lógicamente, acometeremos en sucesivos trabajos.

V. Bibliografía

ALMAGRO BASCH, M. (1953) *Las necrópolis de Ampurias*, I. Barcelona.

ARANEGUI GASCO, C. (1985) "Las jarritas bicónicas grises de tipo ampuritano", *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica*, Barcelona, pp. 101-113.

ARANEGUI GASCO, C.; BONET ROSADO, H; MATA PARREÑO, C. (1981) "Dos piezas de cerámica no típicamente ibérica del Puntal dels Llops, (Olocau, Valencia)", *Saguntum*, 16, 183-192.

ARANEGUI GASCO, C.; PLA BALLESTER, E. (1981) "La cerámica ibérica", *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica*. Madrid.

ARRIBAS, A. (1967) "La necrópolis bastitana del Mirador de Rolando (Granada)", *Pyrenae* 3, 67-105.

BARTOLONI, P. (1983) *Studi sulla ceramica fenicia e punica di Sardegna*, Roma.

BENDALA GALAN, M. (1982) "Excavaciones en el cerro de Los Palacios", en *Italica*, EAE 121, pp. 29-74.

BERROCAL RANGEL, L. (1989) "El asentamiento "céltico" del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz)" *CuPAUAM* 16, 245-295.

BRONCANO, S. (1989) "El depósito votivo de El Amarejo (Bonete, albacete)". *EAE* 139, Madrid.

CONDE, M.J. (1990) "Los kalathoi "sombbrero de copa" de la necrópolis del Cabecico del Tesoro de Verdolay (Murcia)", *Verdolay* II, 149-160.

CORZO SANCHEZ, R. (1977) "Osuna de Pompeyo a César. Excavaciones en la muralla republicana". *Anales de la Universidad Hispalense. Serie Filosofía y Letras* 37, Sevilla.

- CUADRADO, E. (1978) "Ungüentarios cerámicos en el mundo ibérico. Aportación cronológica", *AEspA* 50-51, 389-404.
- CUADRADO, E. (1987) *La necrópolis ibérica de "El Cigarralejo (Mula, Murcia), BPH XXIII*, Madrid.
- CUADRADO, E.; QUESADA, F. (1989) "La cerámica ibérica fina de "El Cigarralejo" (Murcia). Estudio de Cronología", *Verdolay* 1, 49-115. Murcia.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. (1986) *Cerámicas a torno pintadas andaluzas de la Segunda Edad del Hierro*, Tesis Doctoral Microficha, Univ. de Sevilla.
- FLORIDO NAVARRO, C. (1984) "Anforas prerromanas sudibéricas", *Habis* 15, 419-436.
- GARCIA VARGAS, E.; MORA DE LOS REYES, M.; FERRER ALBELDA, E. (1989) "Estudios sobre cerámicas ibéricas andaluzas: Montemolín (Marchena, Sevilla)", *Habis* 20, 217-243.
- LEIVA BRIONES, F. (1990) *Guía abreviada del Museo Histórico Municipal de Fuente-Tójar (Córdoba)*, Cabra.
- LOPEZ PALOMO, L.A. (1979) *La Cultura Ibérica del Valle Medio del Genil*, Córdoba.
- LOPEZ PALOMO, L.A. (1981) "Alhonor: (Excavaciones de 1973 a 1978)", *NAH*, 11, 33-187.
- LOPEZ PALOMO, L.A. (1987) *Santaella. Raíces históricas de la Campiña de Córdoba*, Córdoba.
- LUZON NOGUE, J.M. (1973) "Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo", *EAE* 78, Madrid.
- MARCOS POUS, A.; VICENT ZARAGOZA, A.M. (1983) "La necrópolis ibero-turdetana de Los Torviscales. Fuente Tójar", *Novedades de Arqueología Cordobesa. Exposición "Ballas Artes 83*, Córdoba.
- MARTIN CAMINO, M.; ROLDAN BERNAL, B. (1991) "Púnicos en Cartagena", *Rev. de Arqueología* 124, 18-24.
- MOLINA FAJARDO, F.; BAÑÓN RUIZ, J. (1983) "Los ungüentarios helenísticos de la necrópolis de Puente de Noy", *Almuñécar. Arqueología e Historia*, Granada, 1983.
- MORENA LOPEZ, J.A. (1989) *El santuario ibérico de Torreparedones (Castro del Río-Baena. Córdoba)*, Córdoba.
- MUÑOZ VICENTE, A. (1986) "Avance sobre el estudio de los ungüentarios helenísticos de Cádiz. 1986", *AAA* 1986. II, 520-525.
- MUÑOZ VICENTE, A. (1987) *Las cerámicas fenicio-púnicas de Cádiz*, Memoria de Licenciatura Inédita, Sevilla.
- MUÑOZ VICENTE, A.; DE FRUTOS REYES, G.; BERRIATUA HERNANDEZ, N. (1987) "Contribución a los orígenes y difusión comercial de la industria pesquera y conservera gaditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la Bahía de Cádiz", *Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar"*, I, 487-508.

PAGE DEL POZO, V. (1984) *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia, Iberia Graeca* 1, Madrid.

PELLICER CATALAN, M. (1978) "Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir según el Cerro Macareno (Sevilla)", *Habis* 9, 365-400.

PELLICER CATALAN, M.; ESCACENA, J.L.; BENDALA GALAN, M. (1983) "El Cerro Macareno", *EAE* 124, Madrid.

PERDIGONES MORENO, L.; MUÑOZ VICENTE, AL. (1988) "Excavaciones arqueológicas de urgencia en los hornos púnicos de Torre Alta. San Fernando. Cádiz", *AAA* 1988, III, 106-112.

PEREIRA SIESO, J. (1979) "La cerámica ibérica procedente de Toya (Peal de Becerro, Jaén) en el Museo Arqueológico Nacional", *TP* 36, 289-340.

PEREIRA SIESO, J. (1988a) *La cerámica pintada a torno en Andalucía entre los siglos VI y III a.d.C. Cuenca del Guadalquivir*, Tesis Doctorales Universidad Complutense de Madrid.

PEREIRA SIESO, J. (1988b) "La cerámica ibérica de la Cuenca del Guadalquivir. II. Conclusiones", *TP*, 46, 149-159.

PEREZ MINGUEZ, R. (1988) "Un tonel cerámico ibérico procedente del Castellar de Hortunas (Requena, Valencia)", *APL* XVIII, 395-403.

PRESEDO VELO, F.J. (1982) *La necrópolis de Baza*, *EAE*, 119, Madrid.

QUESADA SANZ, F.; LOPEZ GRANDE, M.J. (1988) "Talleres y producciones cerámicas actuales en Egipto: un estudio etnoarqueológico en Heracleopolis Magna", *Boletín Asociación española de Orientalistas*, XXIV, 325-355.

QUESADA SANZ, F.; VAQUERIZO GIL, D. (1990) "Un Proyecto de investigación arqueológica en Córdoba: 'Protohistoria y romanización en la Subbética Cordobesa'", *AAC* 1, 1990, 7-52.

RIBERA LACOMBA, A. (1982) *Las ánforas prerromanas valencianas (fenicias, ibéricas y púnicas)*, SIP, Trabajos Varios, 73. Valencia.

RODRIGUEZ DIA, A. (1991, e.p.) "Proyecto Homachuelos: 1986-1990 (Ribera del Fresno, Badajoz)", *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura. Extremadura Arqueológica* 2, Mérida-Cáceres 1991.

ROS SALA, M.M. (1989) *La pervivencia del elemento indígena: la cerámica ibérica, La Ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio*. Murcia.

SANCHEZ MESEGUER, J.L.; QUESADA SANZ, F. (e.p.) "La necrópolis ibérica de El Cabecico del Tesoro (Murcia)", *Congreso de Arqueología ibérica. Las necrópolis*. Madrid, Noviembre 1991.

SANMARTI, E. (1985) "Sobre un nuevo tipo de ánfora de época republicana, de origen presumiblemente hispánico", *Cerámiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica*, Ampurias, 1983. pp. 133-141.

SERRANO CARRILLO, J.; MORENA LOPEZ, J.A. (1988) "Un relieve de baja Epoca Ibérica procedente de Torreparedones (Castro del Rfo-Baena, Córdoba)", *AEspA* 61, 245-448.

VAQUERIZO GIL, D. (1983-84) "Notas sobre material ibérico conservado en el Museo Arqueológico Municipal de Priego de Córdoba (Córdoba)", *Corduba Archaeologica* 14, 13-25.

VAQUERIZO GIL, D. (1988-89) "Ensayo de sistematización de la cerámica ibérica procedente de las necrópolis de Almedinilla (Córdoba)", *Lucentum* VII-VIII, 103-132.

VAQUERIZO GIL, D. (1990) *El yacimiento ibérico de 'Cerro de la Cruz' (Almedinilla, Córdoba). Avance a su excavación arqueológica sistemática, Córdoba.*

VAQUERIZO GIL, D.; MURILLO REDONDO, J.F.; QUESADA SANZ, F. (1991) "Avance al estudio de los materiales arqueológicos recuperados en el yacimiento ibérico del Cerro de la Cruz (Almedinilla y Córdoba)", *AAC* 2, 171-224.

VAQUERIZO GIL, D.; QUESADA SANZ, F. (e.p.) "Informe preliminar sobre la excavación arqueológica sistemática en el "Cerro de la Cruz" (Almedinilla, Córdoba), *AAA* 1989.

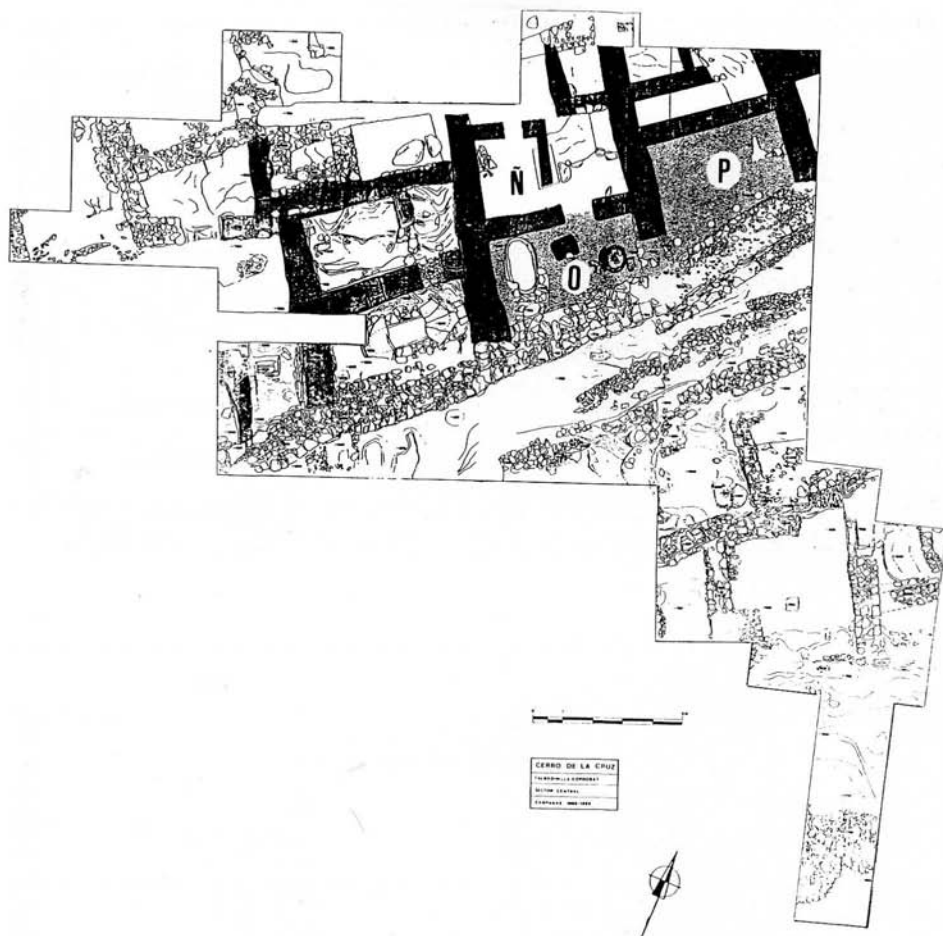
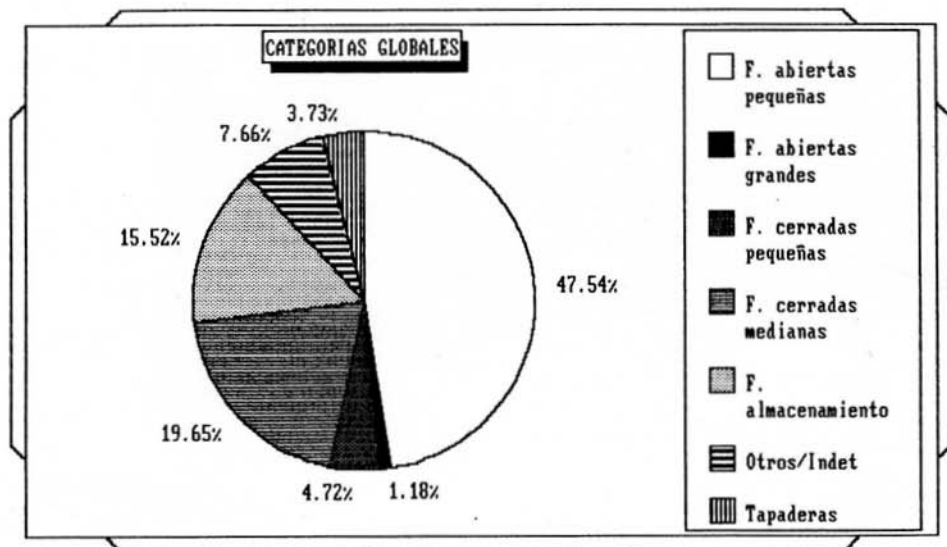
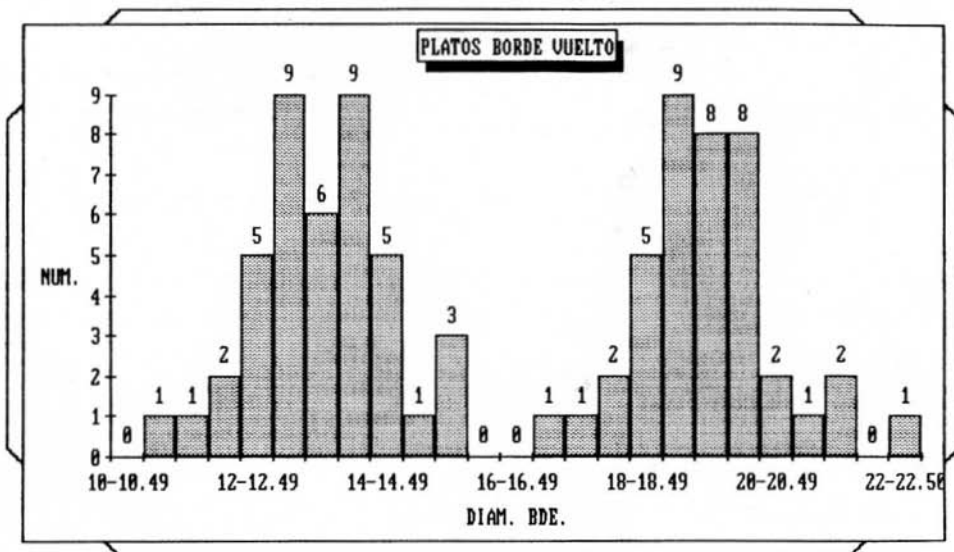


Figura 1. Plano de los Sectores Central y Norte del Cerro de la Cruz, con indicación de las estancias estudiadas.



A



B

Figura 2.

a) Distribución de los diversos grupos de formas cerámicas en los Dptos. O, P y Ñ.
 b) Distribución bimodal de los diámetros de borde de platos de borde vuelto.

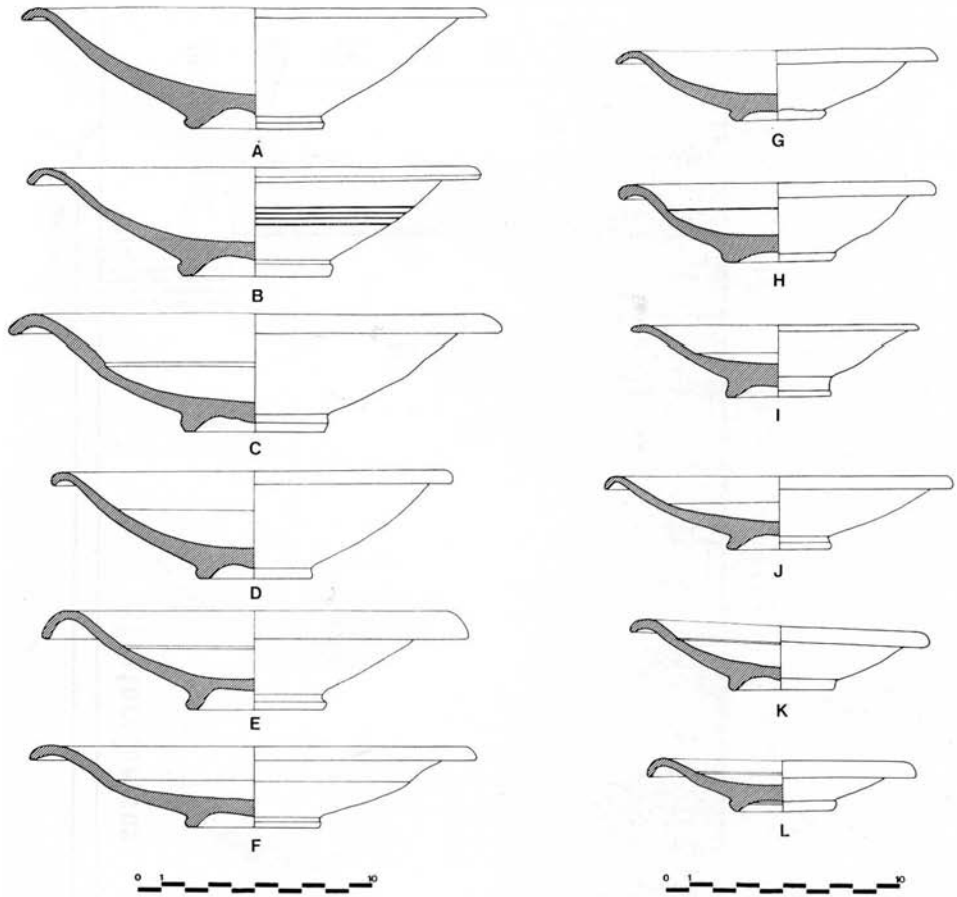


Figura 3.

- a) ALM87/F14/O/C/B12.27; b) ALM89/G15/P/I/90; c) ALM87/F14/O/B/B5 y C/B12.1;
 d) ALM89/G15/P/I/B99; e) ALM89/G15/P/i/B95,B86; f) ALM89/G15/P/I/B84.90;
 g) ALM87/O/B/B5.24; h) ALM87/F14/O/CALJ/B12.17; i) ALM87/F14/O/B/B5.32;
 j) ALM89/G15/P/i/B95; k) ALM87/F14/O/B/B5.27; l) ALM87/F14/O/B5.28.

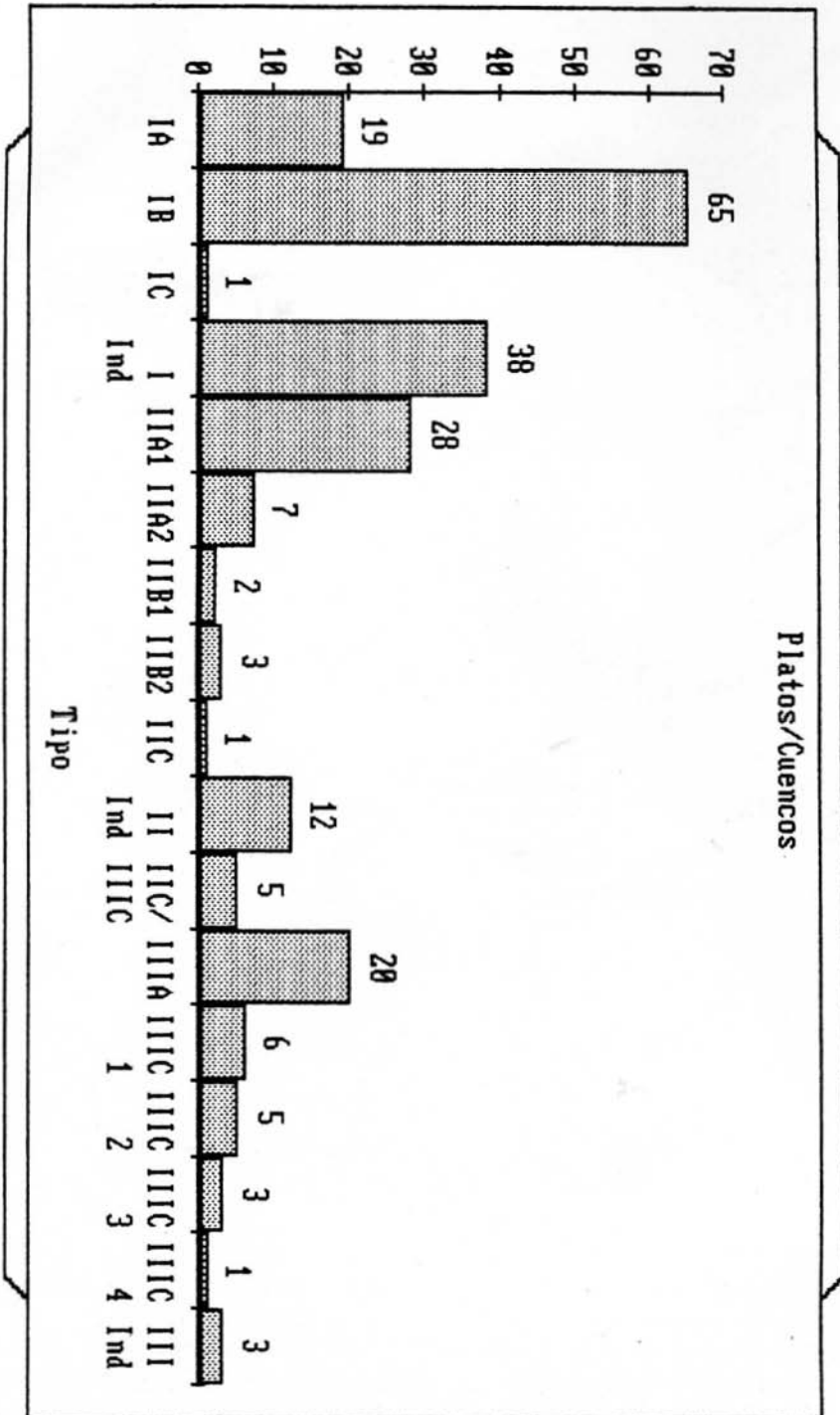


Figura 4. Tipos de platos y cuencos.

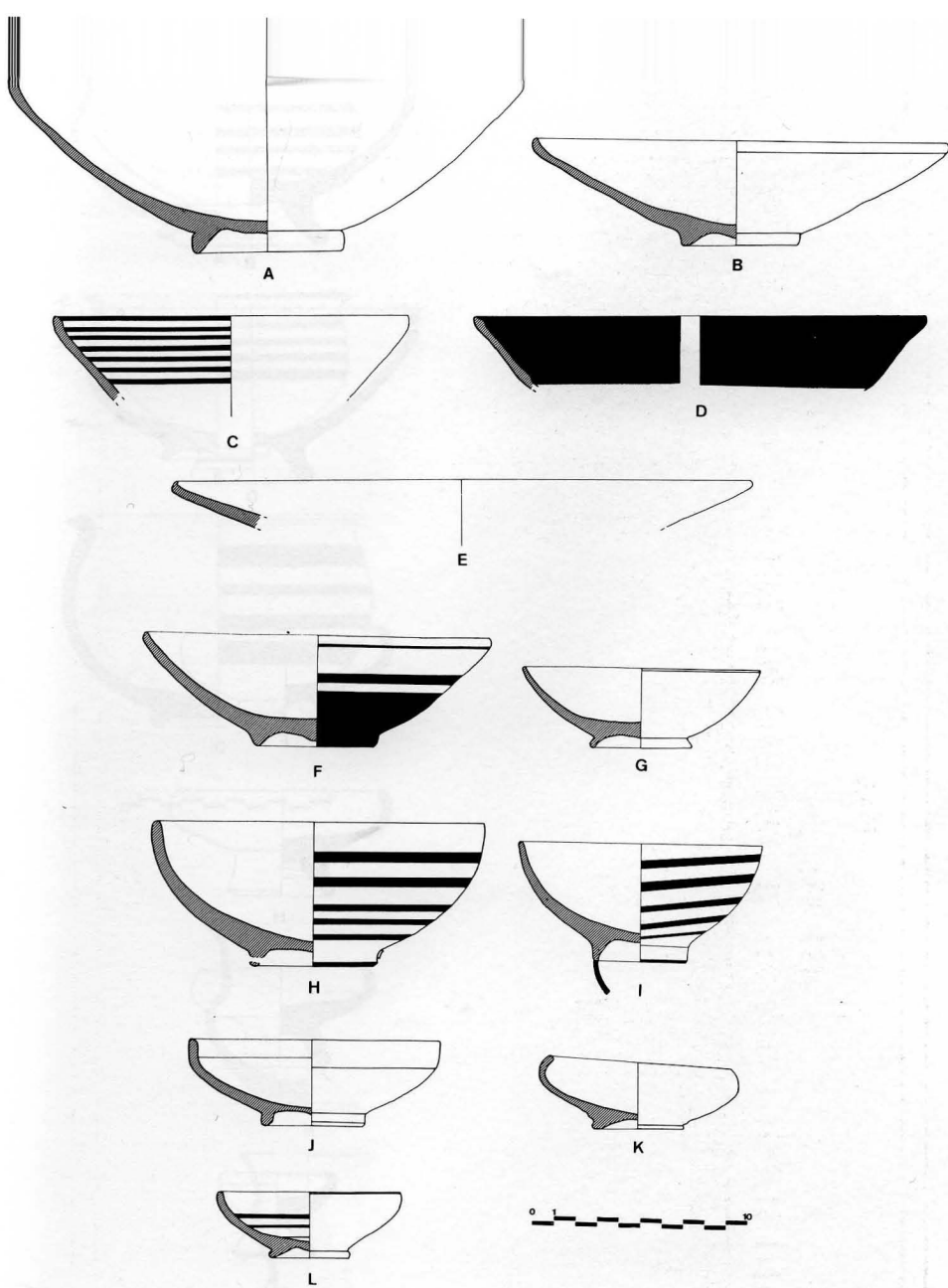


Figura 5.

- a) ALM87/F14/O/B/B.11.19bis;
 c) ALM87/F15/P/B/B36 y 39;
 e) ALM87/F15/B/P/B36 y 39;
 g) ALM87/F14/O/B/B12.15;
 i) ALM87/F15/O/B/B11.2;
 k) ALM87/F14/O/B/B.5.46;

- b) ALM87/F14/O/B/B 5.9 y C/B.12.1;
 d) ALM87/F14/O/B/B11.6;
 f) ALM87/F14/O/B/B5.69;
 h) ALM87/E14/O/CALJ/B.12.72;
 j) ALM87/F14/O/C/B.12.14;
 l) ALM87/F14/O/C/B.11.25.

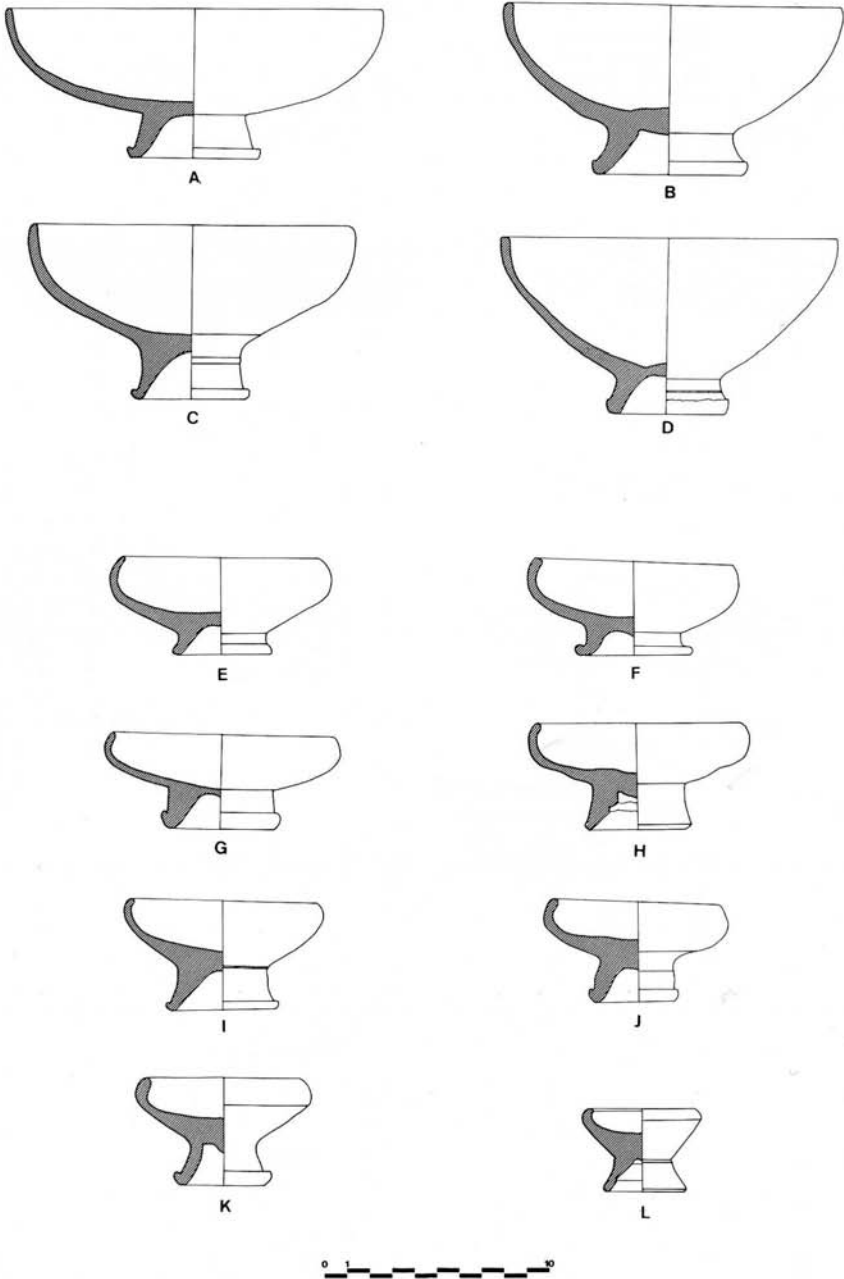


Figura 6.

- a) ALM87/G15/P/i/B98; b) ALM87/F14/O/CALJ/B12.4; c) ALM87/F14/O/B/B5.8.7; d) ALM89/G15/P/I/B95; e) ALM89/G15/P/i/B90; f) ALM89/G15/P/i/B90; g) ALM87/F14/f14/O/CALJ/B12.25; h) ALM87/F14/O/C/B12.10; i) ALM87/F14/O/B/B11.8; j) ALM87/F15/O/B/B11.6; k) ALM87/F14/O/B/B5.49; l) ALM87/F14/O/B/B11.10.

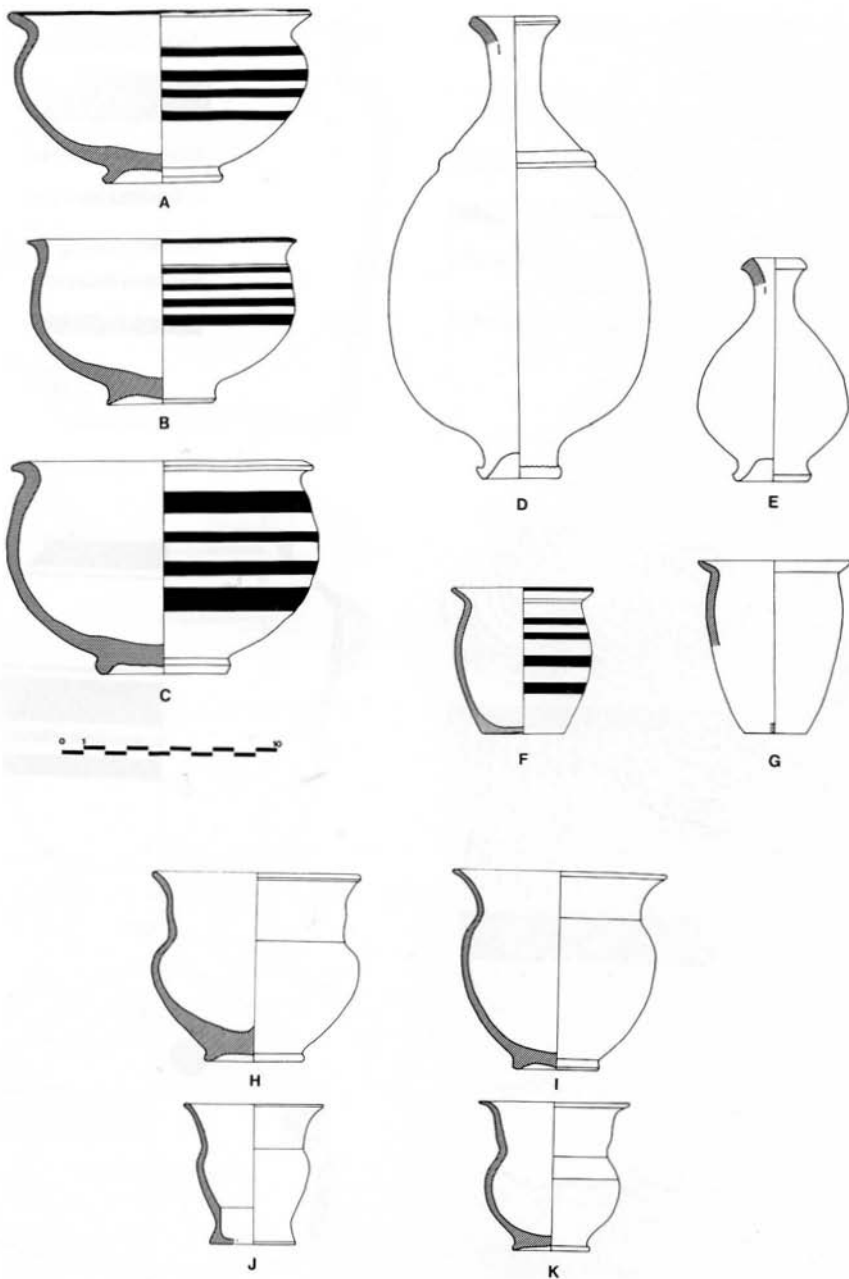


Figura 7.

a) ALM87/F14/O/B/B5.58; b) ALM87/F14/O/C/B12.33; c) ALM87/F14/O/B11.17; d) ALM87/F14/O/B/B5.52; e) ALM87/F14/O/B/B5.51 f) ALM89/G15/P/I/B97; g) ALM87/F14/O/C/B12.31; h) ALM87/F14/O/B/B5.8.3; i) ALM87/F14/O/B/B5.8; j) ALM89/G15/P/I/B91; k) ALM87/F14/O/B/B5.56.

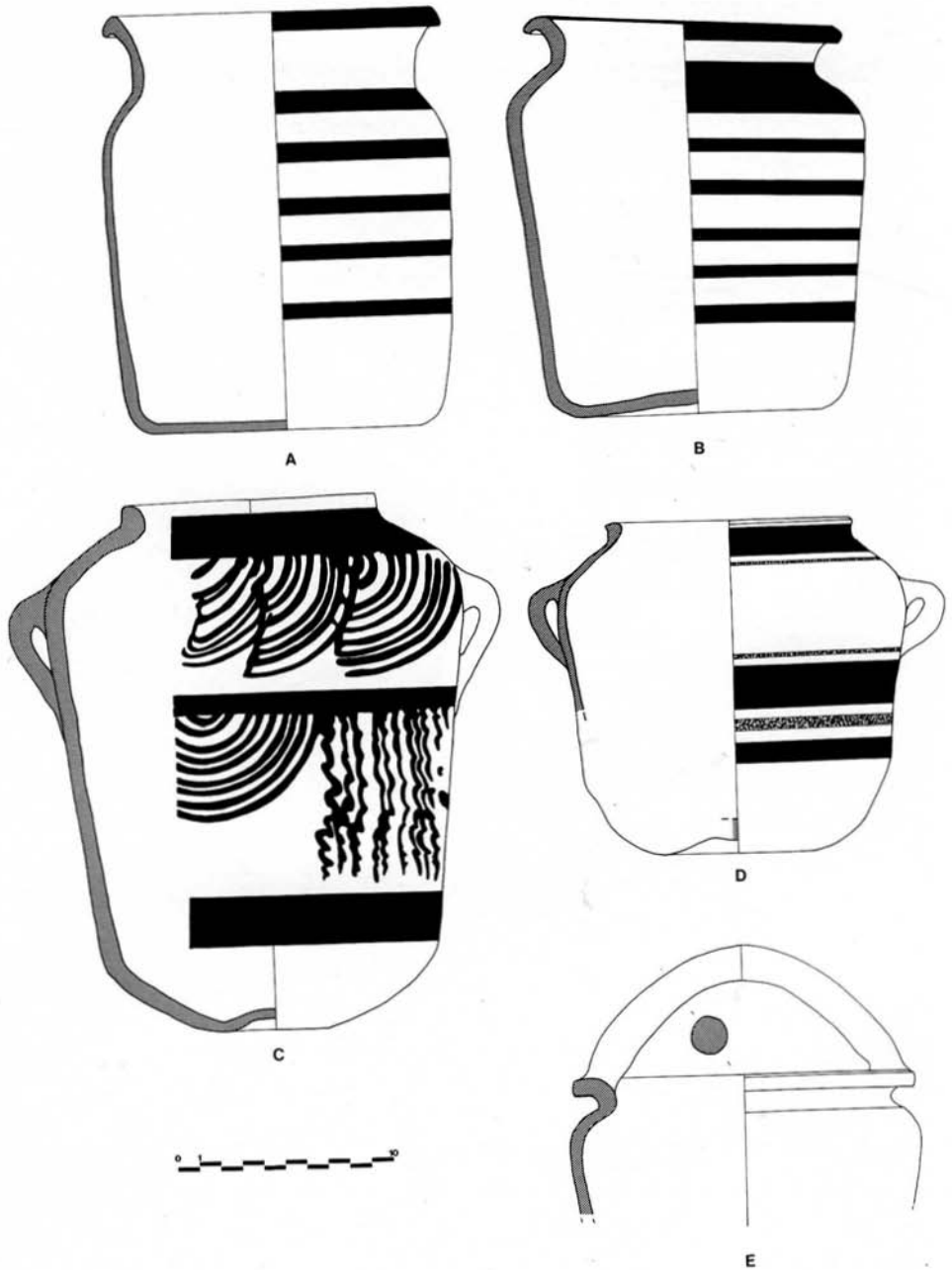


Figura 8.

a) ALM87/F14/O/B/B5.9; b) ALM87/F14/O/B/B5.60; c) ALM87/F14/O/C/B12.71; d) ALM87/F14/O/B/B5.59; e) ALM87/F15/P/B/B9.28

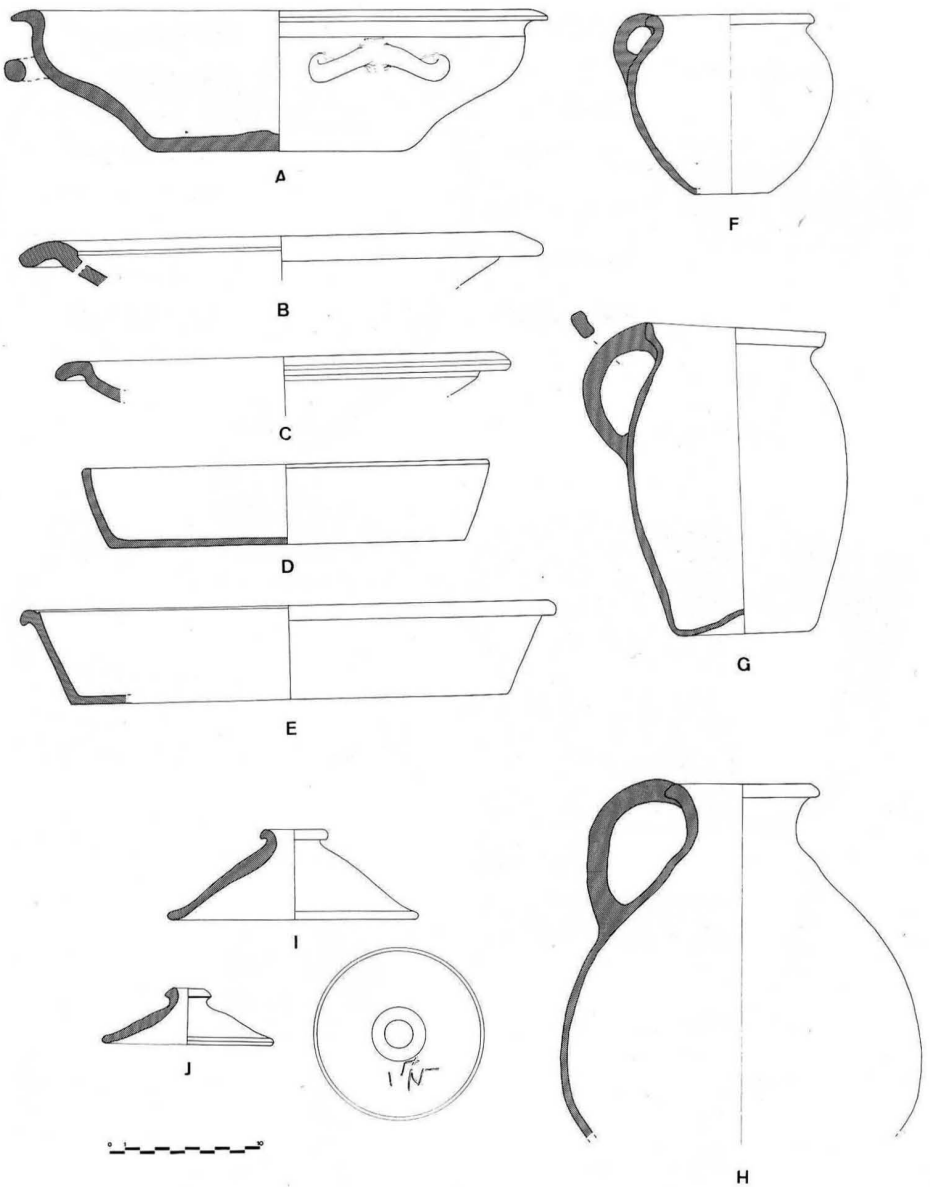


Figura 9.

a) ALM87/F14/O/B/B5.17; b) ALM87/F14/O/B/B11.24; c) ALM87/F15/P/B/B36 y B39; d) ALM87/F14/O/CALJ/B12.45; e) ALM87/G14/ÑE/C/N39; f) ALM87/F14/O/CALJ/B12.42 y 12.47; i) ALM89/G15/P/I/B87; j) ALM87/F14/O/B/B5.65.2.

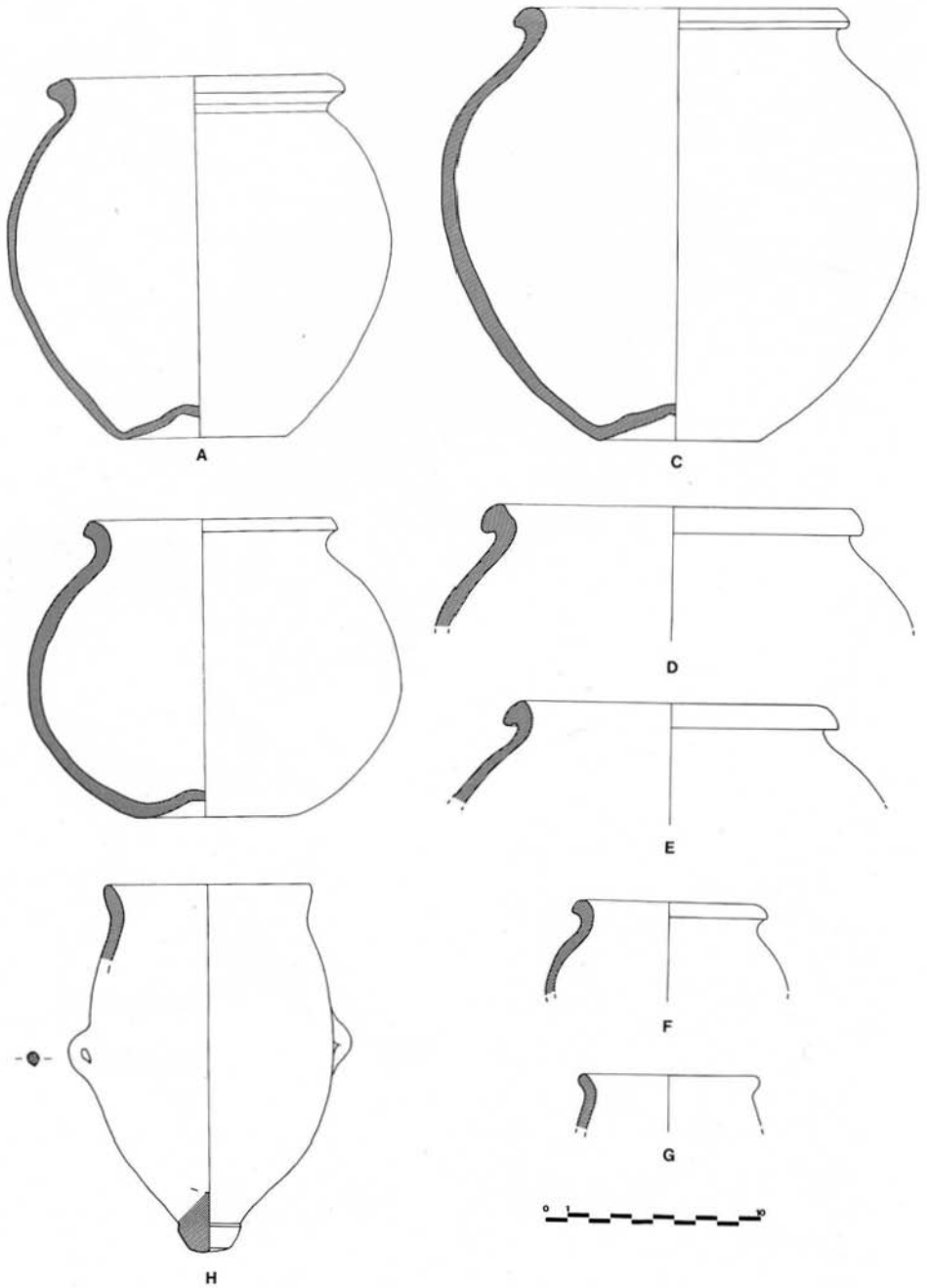


Figura 10.

a) ALM89/G15/P/i/143.90.97; b) ALM87/F14/O/CALJ/B12.46; c) ALM87/F14/O/CALJ/B12.6; d) ALM87/F14/O/B/B11.2; e) ALM87/F14/O/CALJ/B12.5; f) ALM87/F14/O/B/B11.1b; g) ALM87/F14/O/CALJ/B12.1; h) ALM87/F13-F14/O/CALJ/B.12.30.

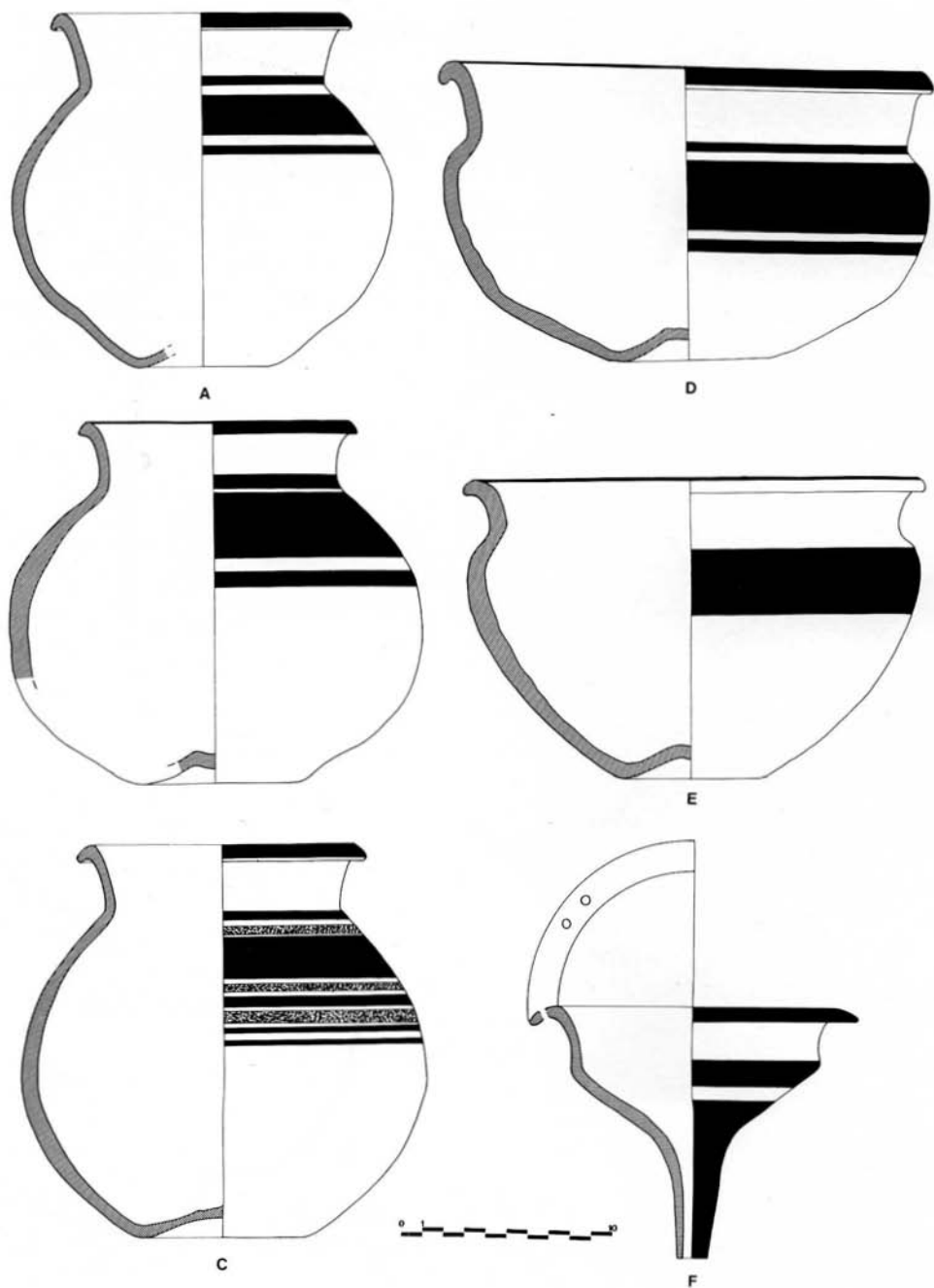


Figura 11.

a) ALM87/F14/O/CALJ/B12.49; c) ALM87/F14/O/B/B11.28; 12.55; d) ALM87/F13-14/O/CALJ/B12.29; e) ALM87/F14O/C/B.12; d) ALM87/F14/O/B/B5.3, 5.5, 5.12; f) ALM87/F14/O/CALJ/B12.72.

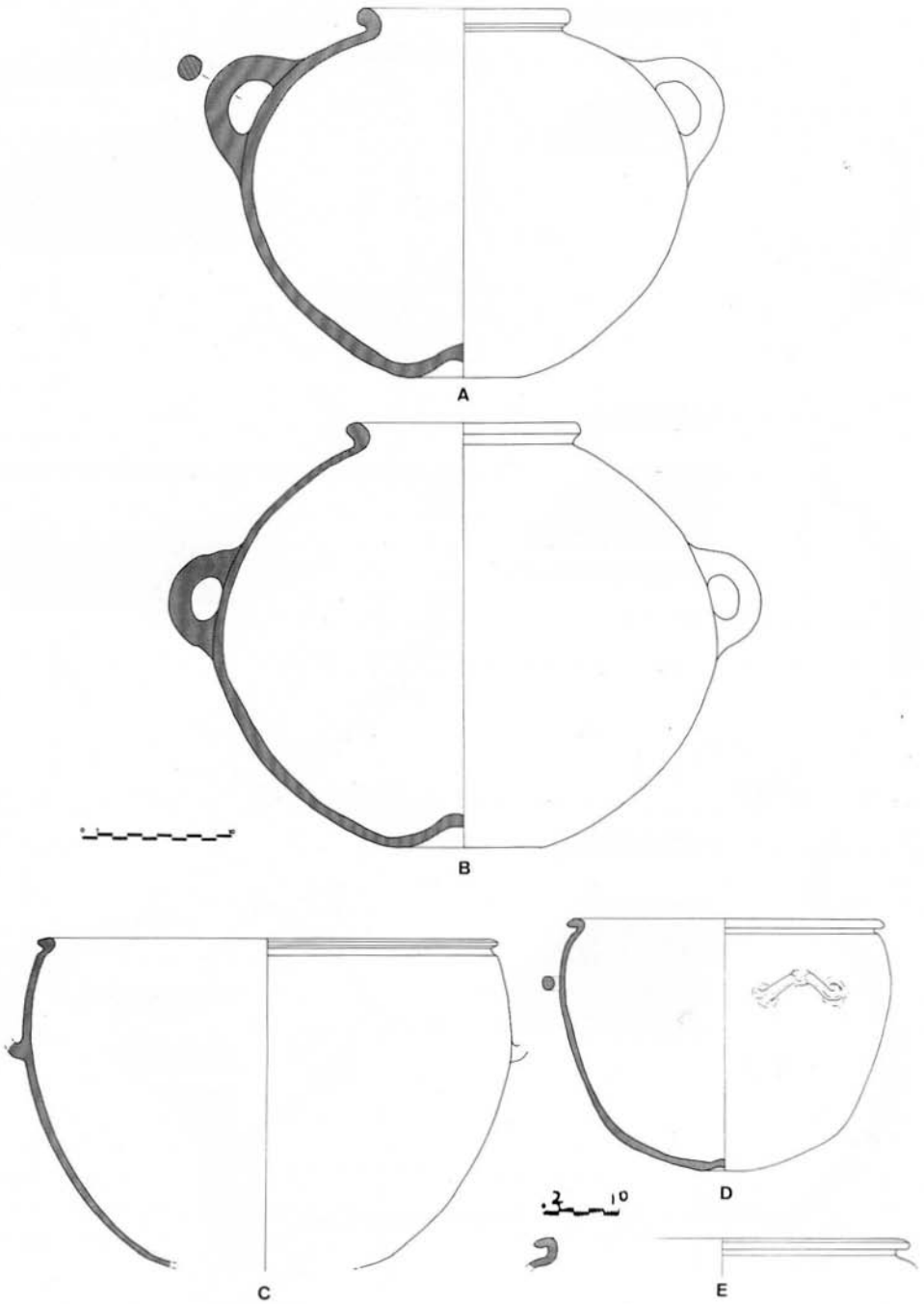


Figura 12. a) ALM87/F14/O/B/B5.9 y 5.11; b) ALM89/G15/P/i/B94.100; c) ALM87/F14/O/C/B.12; d) ALM87/F14/O/B/B5; e) ALM89/G14/ÑW/h/B72.

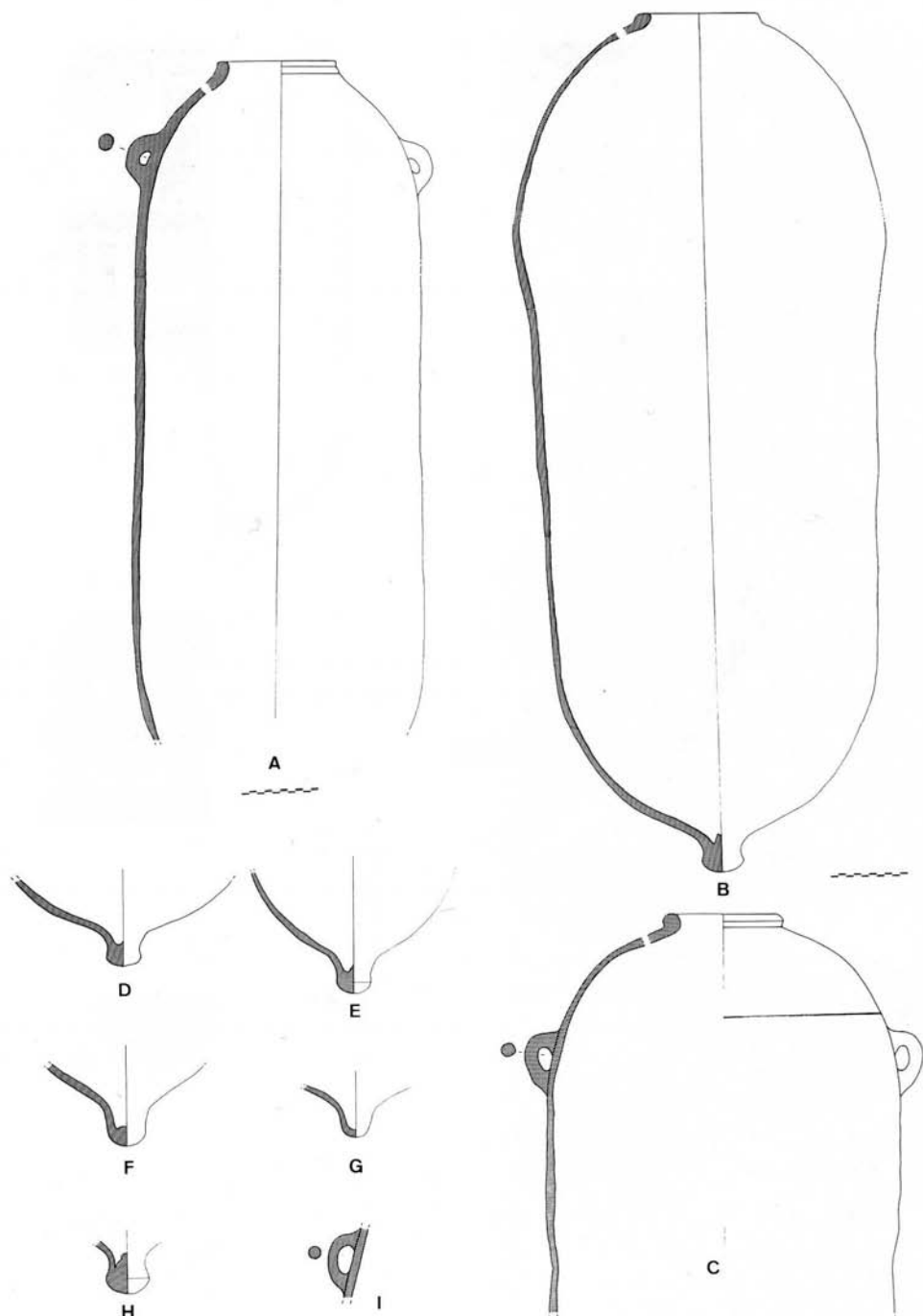


Figura 13. a) ALM87/F13/A/B4b/Anf.2; b) ALM87/F12/B/B10/Anf.3; c) ALM87/G15/P/i/B85; d) ALM87/F14/O/B/B5.9,5.10; e) ALM89/G15/P/i/B86; f) ALM87/F15/P/B/B9.35; g) ALM87/F15/P/B/B9.31; h) ALM87/F15/P/B/B9.35; i) ALM87/F14/B5.9 y 5.10.

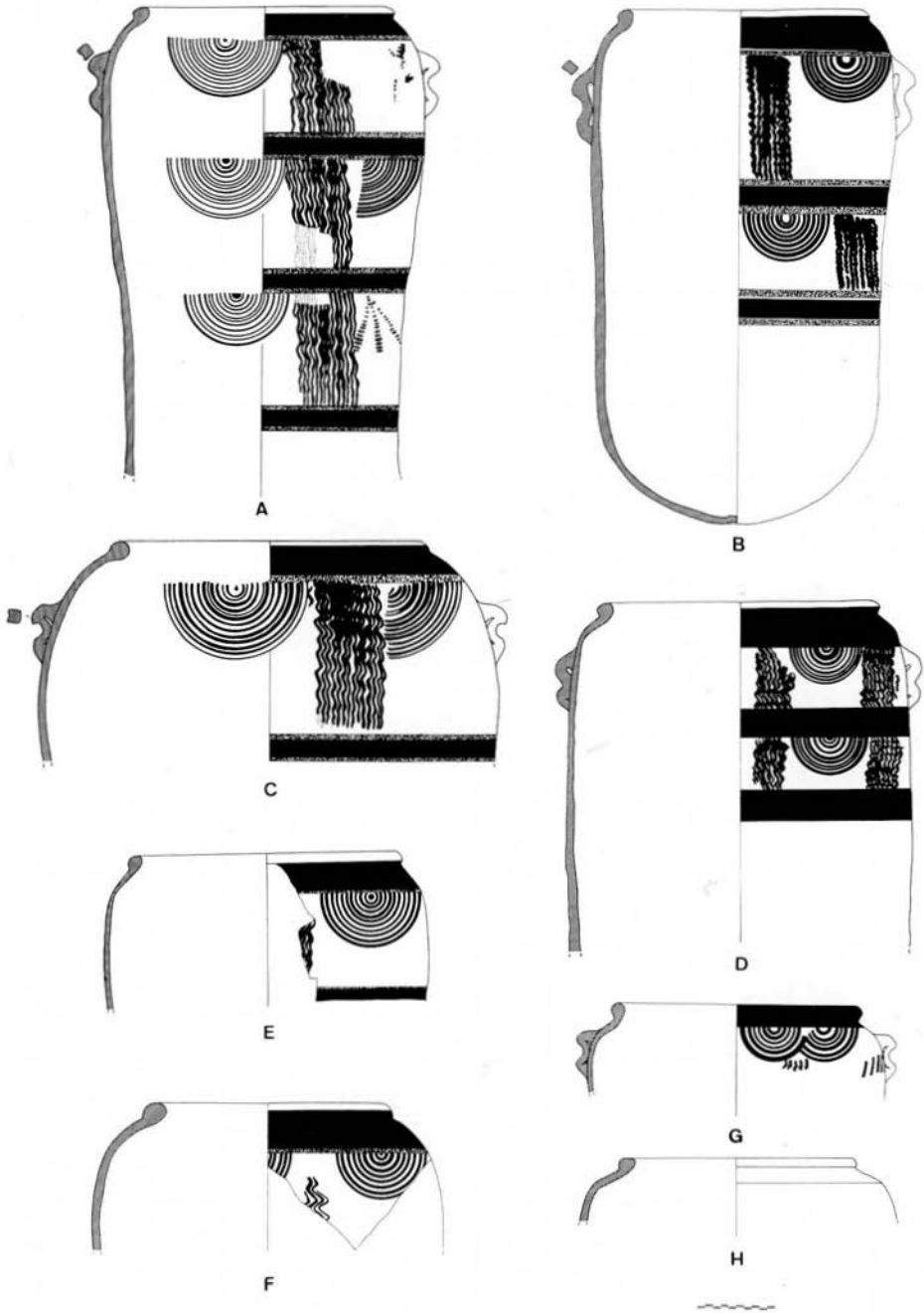


Figura 14. a) ALM87/F15/P/B/B.9.17, 18, 19, 20; b) ALM87/F14/O/C/B12.56; c) ALM87/F15/P/B; d) ALM87/F13/B/B8.1; e) ALM87/F15/P/B/B.9.15; f) ALM87/F15/P/B/B7; g) ALM87/F15/P/B/B5.; h) ALM87/F15/P/Cland.

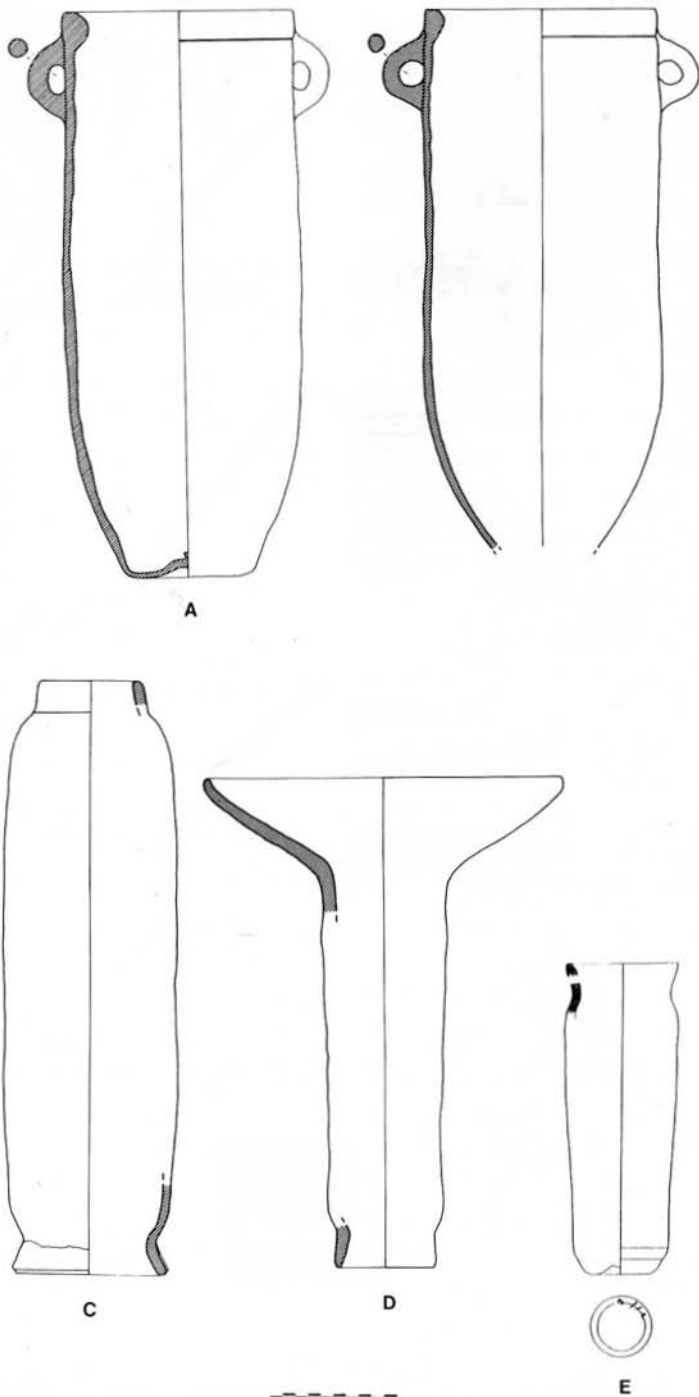
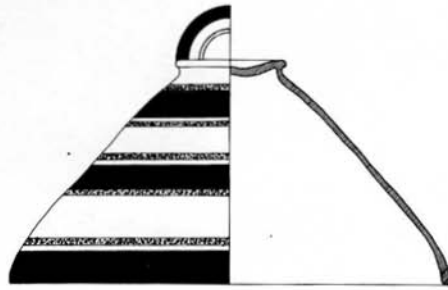
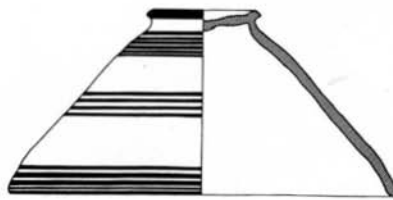
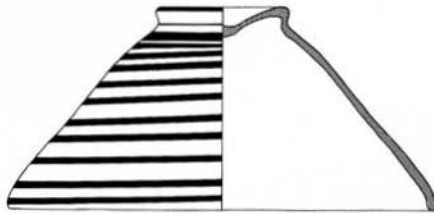


Figura 15. a) ALM89/G15/P/iB84; b) ALM89/G15/P/i/B93; c) ALM87/F14/O/CALJ/B12. 36 bis; d) ALM87/F14/O/B/B5.61 y CALJ/B.12.1.; e) ALM87/F12-F13/Q/B/B1.



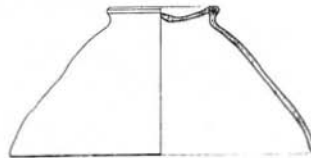
A



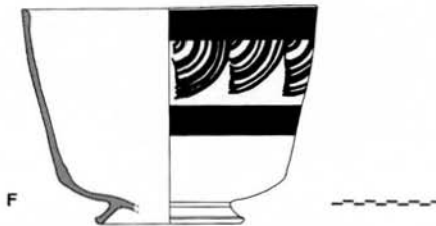
C



D



E



F

Figura 16. a) ALM87/F15/P/B/B8.9 y 8.10; b) ALM87/F15/P/B8; c) ALM87/F14/O/CALJ; d) ALM87/F12/B/B14; e) ALM87/F14/O/B-C/B5.39 y 12-44; f) ALM89/G15/P/I/B94.91.

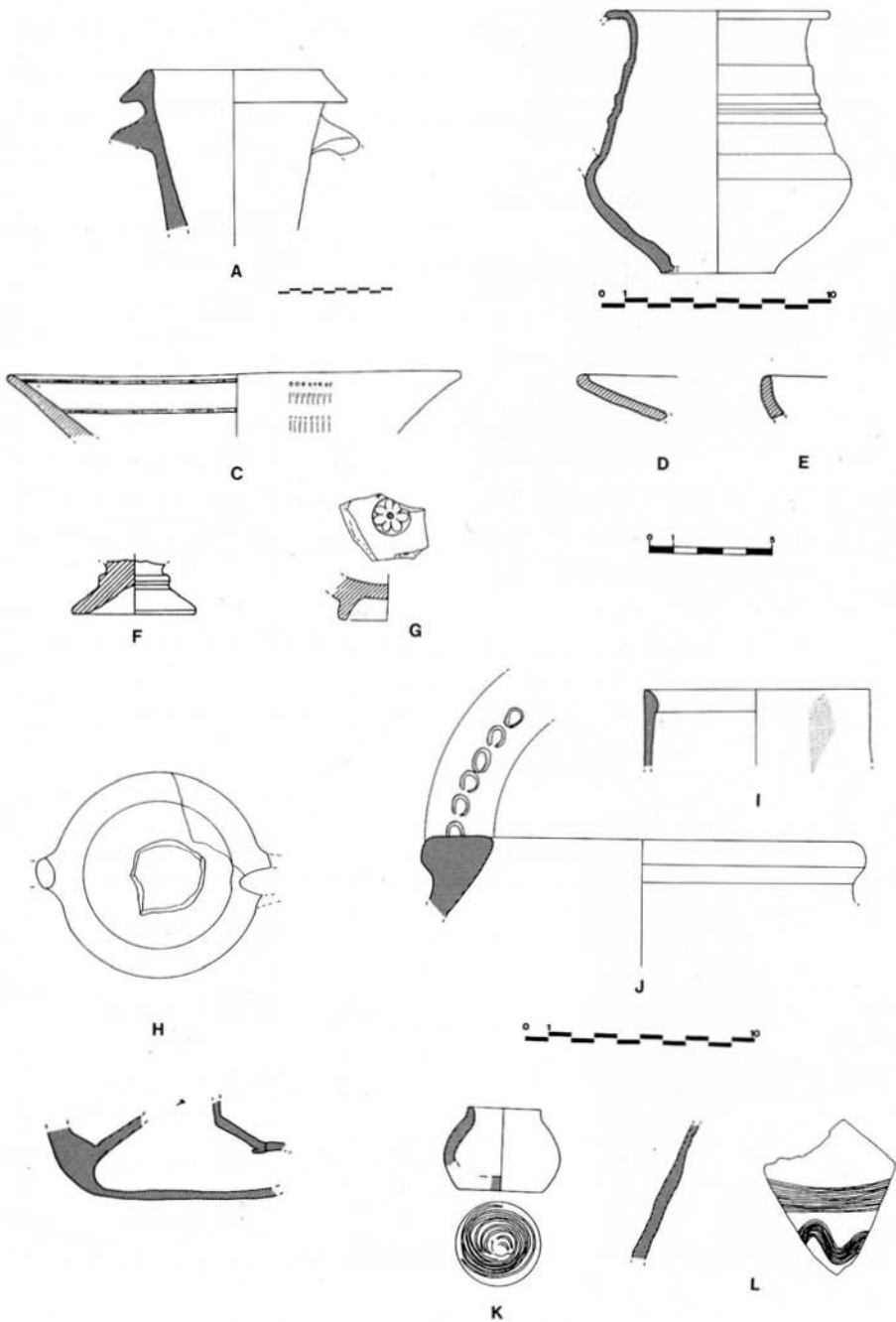
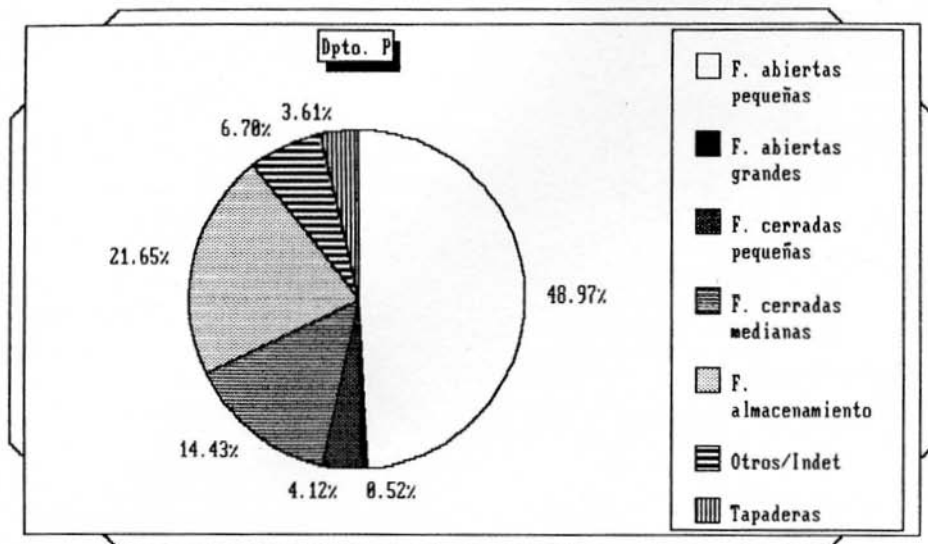
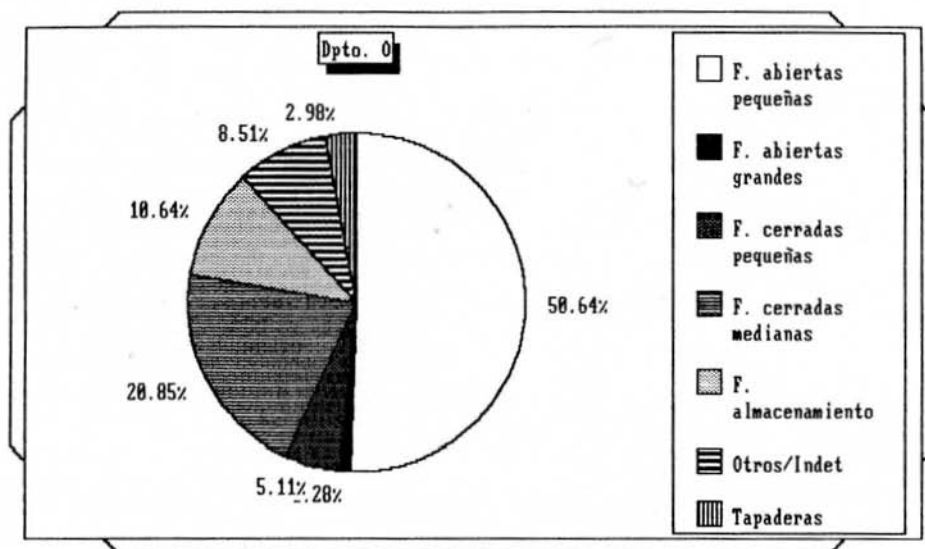


Figura 17. a) ALM87/F15/P/B/B9.1; b) ALM89/G14/D/a/B22; c) ALM87/F15/P/B11.12; d) ALM89/G15/P/i/B90; e) ALM89/G14/ÑE/b/B38; f) ALM87/F14/O/B?/B1; g) ALM89/G14/Lpza/Ñ/B30; h) ALM89/Sc/G14/Ñ/Lpza/B30; i) ALM89/G14/ÑW/i/B53; j) ALM87/G14SE/A/B2; k) ALM87/E12/A/B6; l) G14/SE/A/B2.



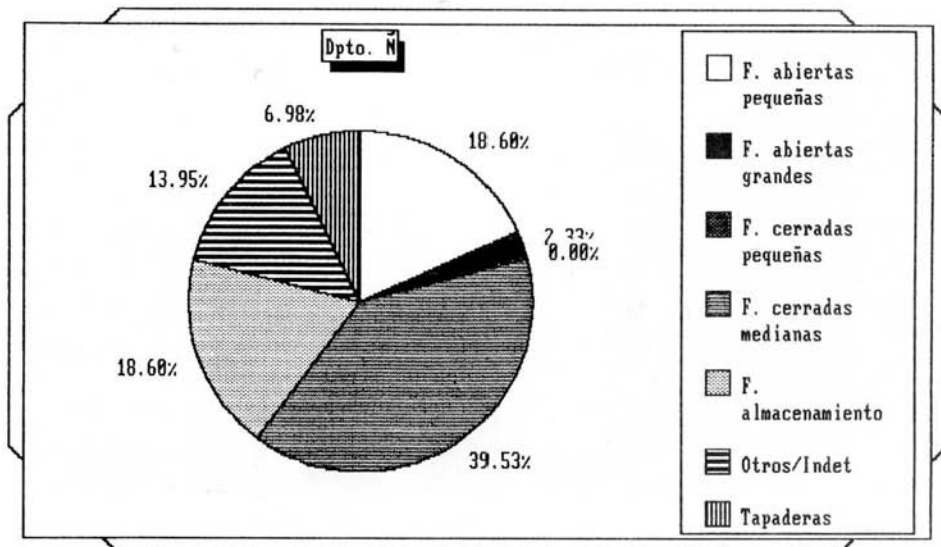
A



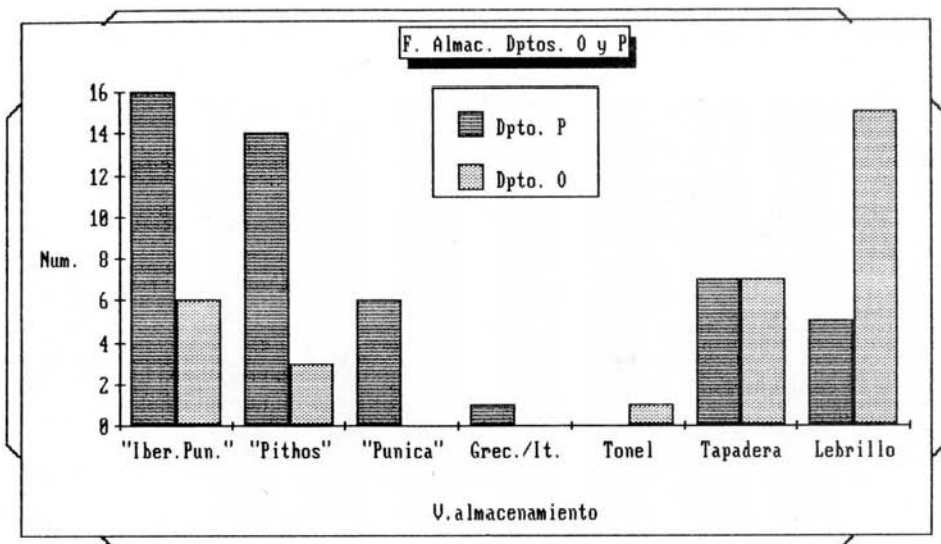
B

Figura 18.

a) Distribución porcentual de los grandes grupos de formas cerámicas en el Dpto. P;
 b) Distribución porcentual de los grandes grupos de formas cerámicas en el Dpto. O.



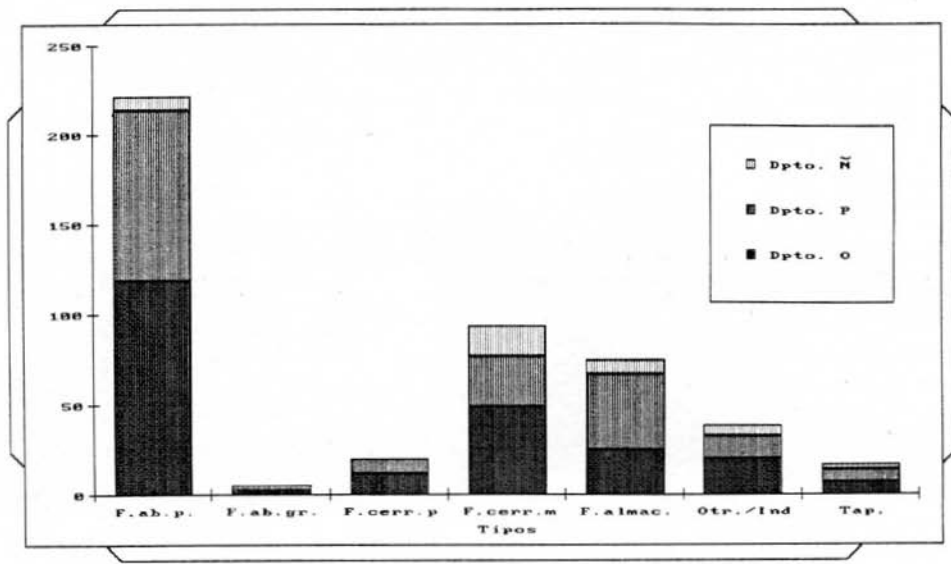
A



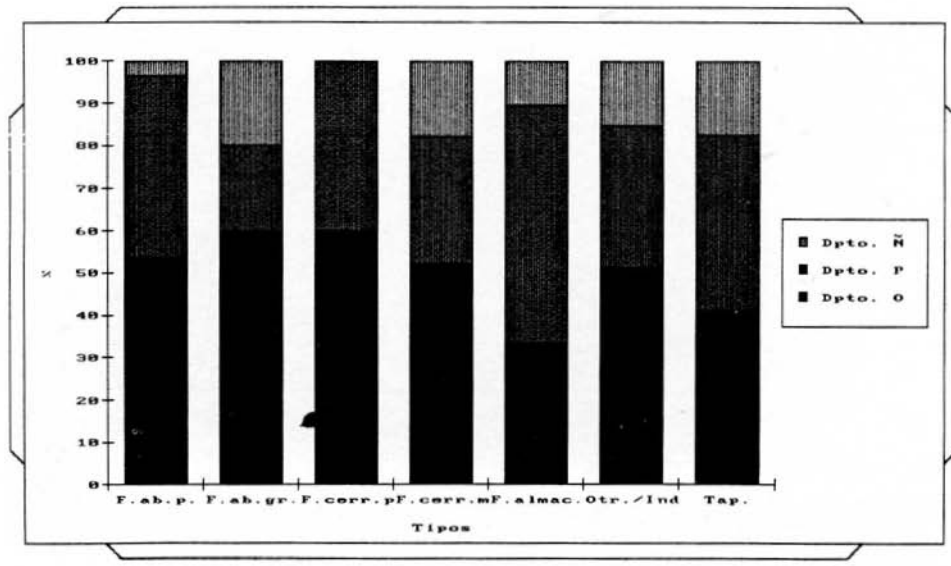
B

Figura 19.

a) Distribución porcentual de los grandes grupos de formas cerámicas en el Dpto. Ñ;
 b) Comparación del número de cada tipo de vasos de almacenamiento en Dptos. O y P.



A



B

Figura 20.
 a) Número de vasos de cada grupo en cada departamento.
 b) Repartición de los porcentajes de cada grupo de formas cerámicas por departamentos.



Lámina I. a) Platos de borde vuelto del Dpto. O. b) Copas de cuello estrangulado.



Lámina II. a) Caliciformes. b) Cuencos de pie alto.

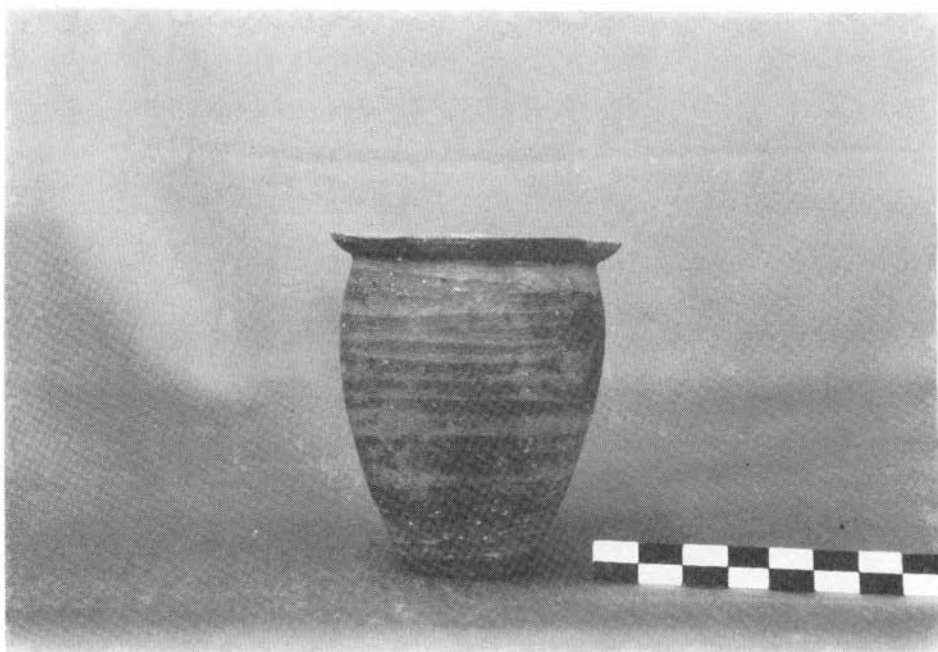
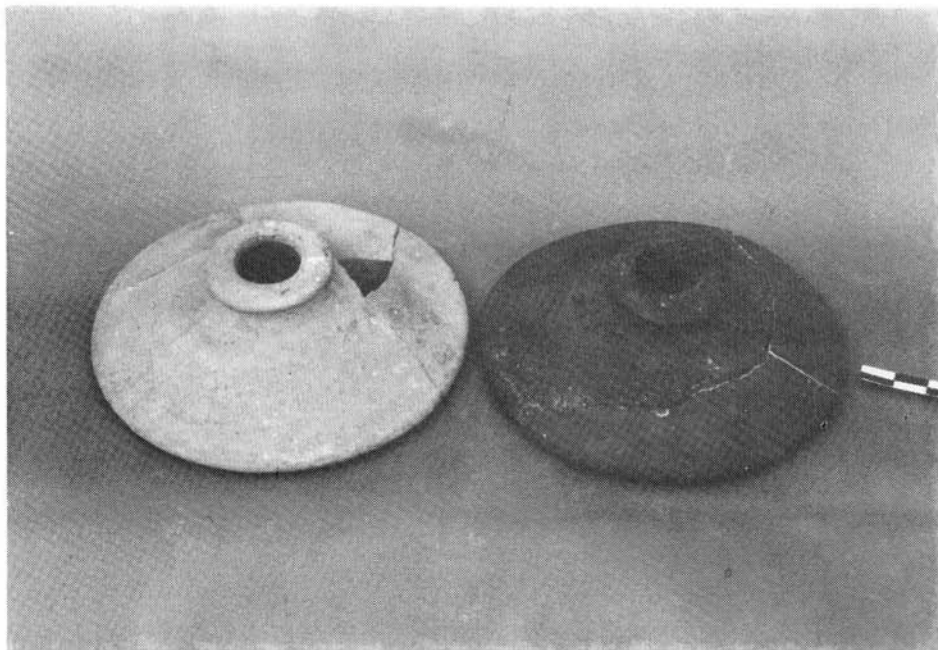


Lámina III. a) Tapaderas de cerámica de cocina. b) Cubilete “de paredes finas”.

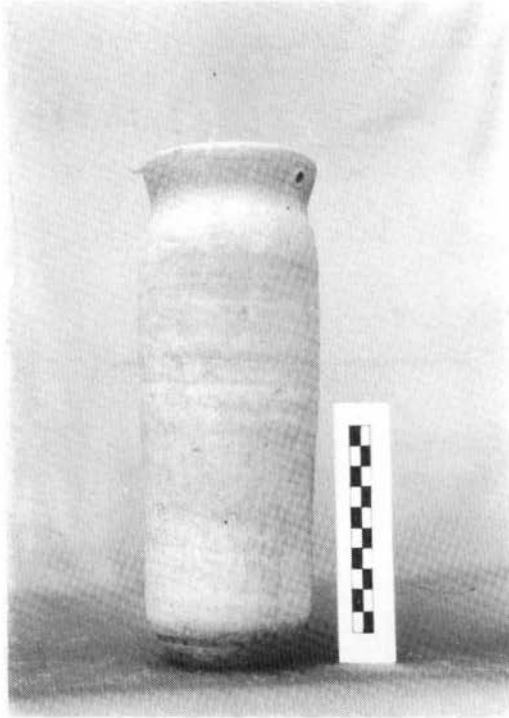
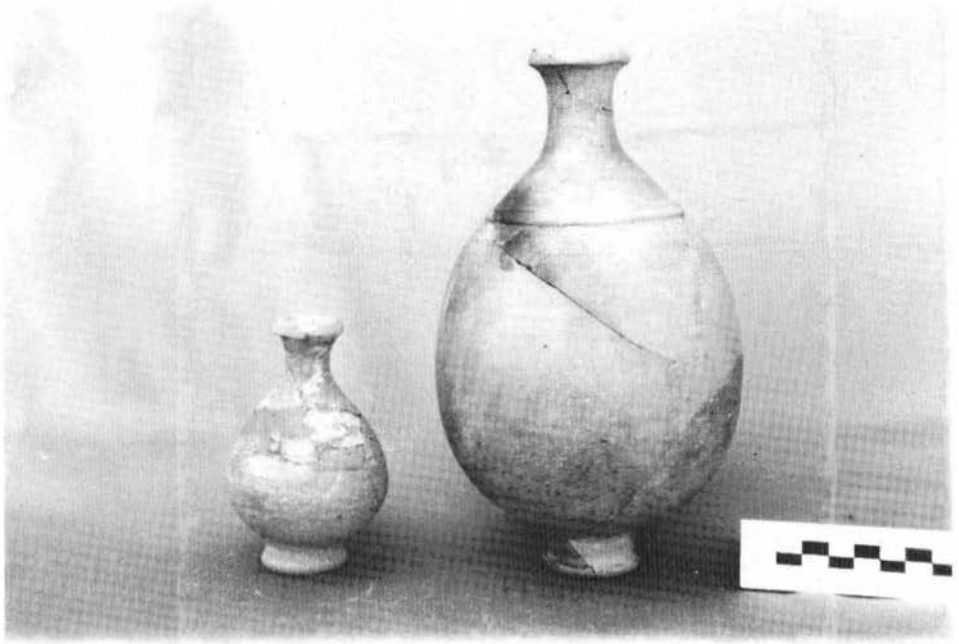


Lámina IV. a) Ungüentarios. b) Borde de ánfora grecoitalica tardía.



Lámina V. a) "Lucernas". b) Tuberías.

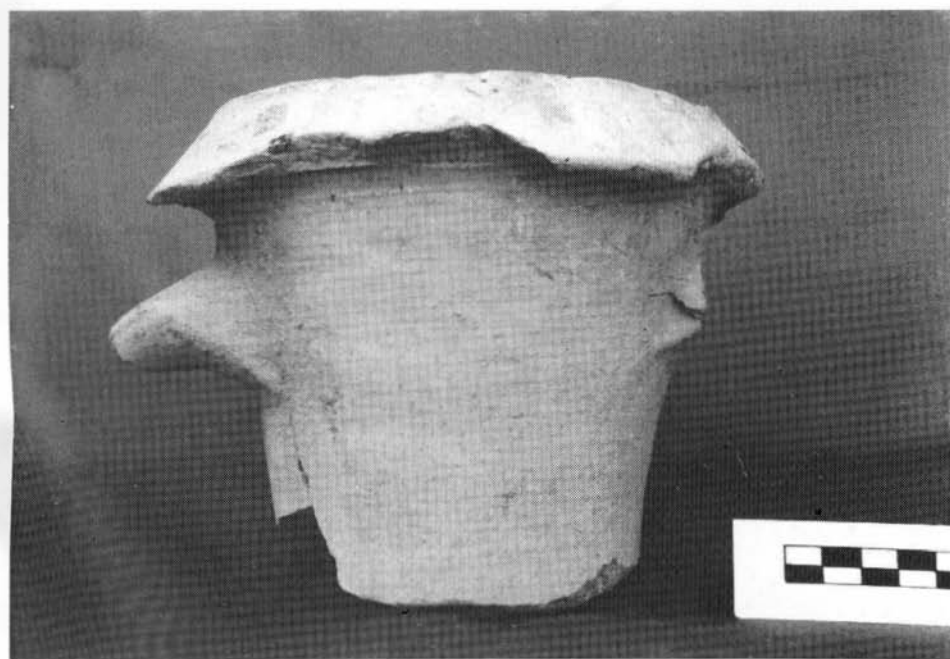
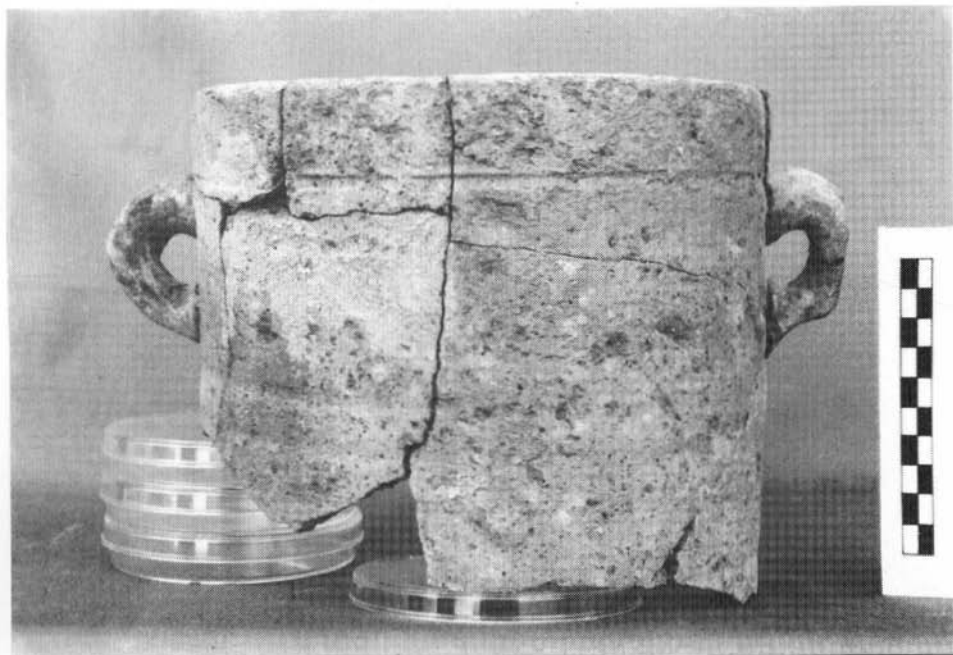


Lámina VI. a) Anfora de tipo púnico. b) Borde de ánfora grecoitalica tardía.